

CANEK

REVISTA DE LITERATURA Y EDUCACIÓN

Nº 19

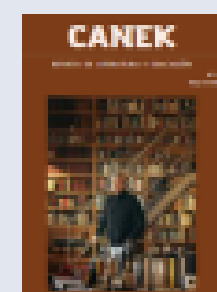
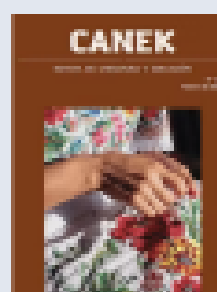
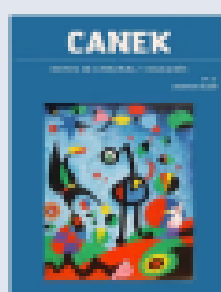
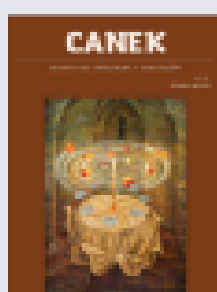
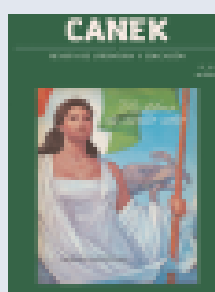
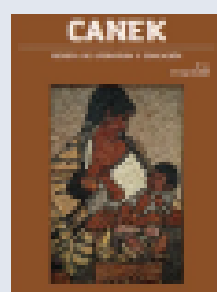
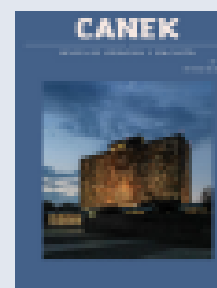
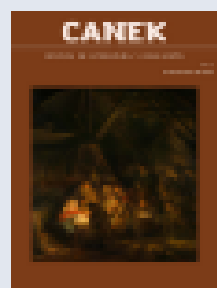
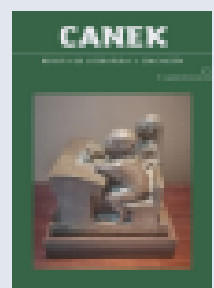
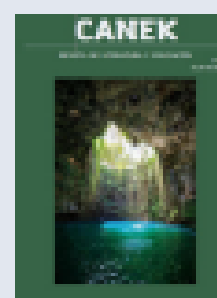
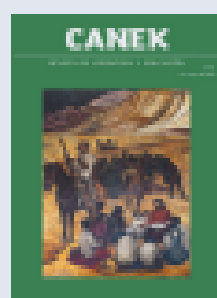
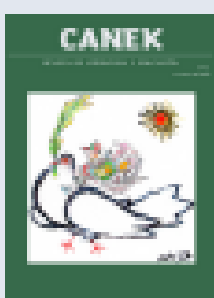
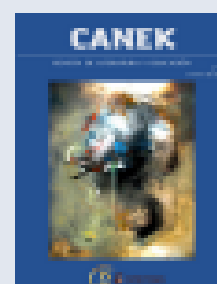
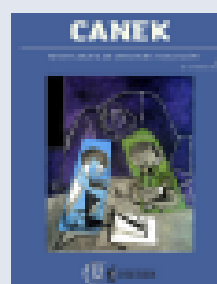
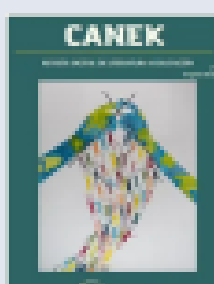
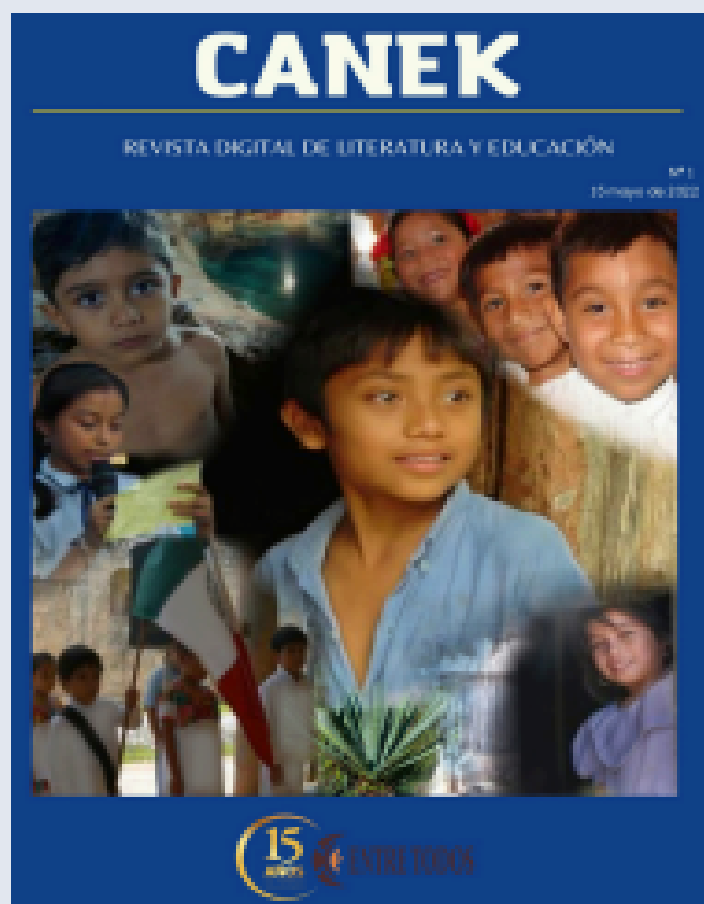
Diciembre de 2025



© WahooArts.com - René Manóte - The Big Family

REVISTA CANEK

Compartiendo la cultura literaria y pedagógica, Entre Todos



Todos los ejemplares de CANEK, se encuentran disponibles en:
<https://www.entretodos.net/revistayradio>

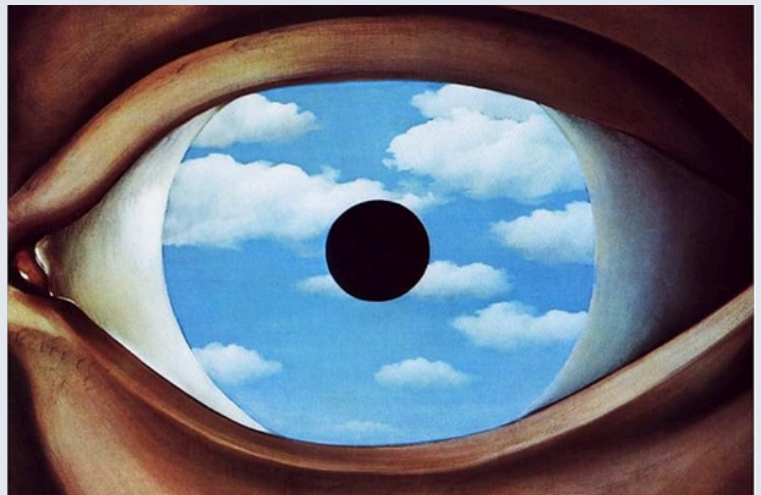
Directorio

Dirección

Mauricio Robert Díaz
Alberto Carrillo Maldonado
Felipe Esquivel Castillo
Patricia Cocom Góngora

Consejo Editorial

Ángel Uicab Couoh
Carlos Baas Polanco
Carolina Avilés Pérez
Diana Suárez Canul
Gabriela Rodríguez Ramírez
Georgina Estrada Mota
Jairo Cabrera Hoil
Ligia Espadas Sosa
Lilián Coello Mena
Mayela Palacios Medel
Mercy García Rodríguez
Michelle Magaña Jimenez
Omar Campos Estrada
Patricia Fitzmaurice Rubio
Roxana Durán Lizama
Saúl Tuyub Castillo
Silvia García Sánchez
Yazmín Elicea Rodríguez
Yukeiny Baeza Lizama
Zayra Cerón Hau



René Magritte. *El espejo falso* (1928)

Portada.

La gran familia (1963) Óleo sobre Tela
René Magritte. Bélgica (1898 – 1967)

Revista de Literatura y Educación, 2025, año 2 núm 19
.Mérida, Yucatán, México.
Para cualquier duda o información, favor de contactar
con el Mtro. Felipe Esquivel Castillo
9999642350. ext 56491 y 56492
canekentretodos@gmail.com

Síguenos en nuestras redes sociales



Sumario

EDITORIAL	5	NIÑOS LECTORES; GRANDES PENSADORES	
PALABRAS DE LECTORES	6	Un croar de esperanza y atrevimiento (II). Entrevista a Margarita Robleda por Georgina Estrada Mota	22
MAESTROS QUE ESCRIBEN			
El último que recuerda Milagros Guadalupe Canché Santos	7	LITERATURA Y EDUCACIÓN	
La Estrellita que bajó a la escuela Dulce Andrea Rivera Rico	10	Dulce María Loynaz. Discurso al recibir el Premio Cervantes de Literatura y algunos poemas	27
La mochila de Anne Daila Yamá López	13	LOS GRANDES EDUCADORES	
Un mundo Ligia María Chan Brito	14	Jaques Maritain La crisis de la civilización	32
Los zapatos Flor Janet Valdez Esquivel	16	SEMBRADORES DE AURORAS	
La soledad de los sin voz Anel May Salazar	17	Ix meen Aarón Puc Chi	37
Mujer Yucateca Jesús Vázquez Bacab	18	DOCENCIA PLENA	
		Martín Augusto Alcocer González Un maestro del siglo XXI	40
ARTÍCULOS Y ENSAYOS		PELÍCULAS SOBRE LITERATURA Y EDUCACIÓN	
El uso de la inteligencia artificial en la literatura	19	Lecciones de un pingüino Zayra Esther Cerón Hau	46
En busca de un nombre Chat GPT	21	PARA SONREÍR	
		El arte de la dedicatoria Hugo Hiriart	48

EDITORIAL

Con esta nueva edición, el equipo editorial de CANEK confirma lo afortunados que hemos sido al impulsar una revista que ha encontrado un nicho académico donde la literatura y la educación se hermanan. El Mtro. Manuel Mercader, fundador del programa Entre Todos, solía decir que no puede ser un buen docente quien no conozca y valore la literatura, pues en sus páginas se hallan las orientaciones de toda auténtica educación humanista.

Nos alegra escuchar, por boca de varios maestros, que los textos publicados en CANEK despiertan inquietudes e intereses culturales y espirituales. A veces, un cuento breve basta para recordarnos lo que verdaderamente somos: seres espirituales cuyo mayor anhelo es establecer una comunicación profunda con sus semejantes. El poeta André Breton definía el arte como “todo aquello que le recuerda al hombre que es hombre”; es decir, un ser que encuentra sentido en los valores universales de la verdad, la belleza y el bien, presentes en el corazón de cada persona, aunque no siempre lo advierta. Tales valores son como los Derechos Humanos: pertenecen a todos por el simple hecho de nacer.

En este número hallaremos esos valores en los cuentos y poemas de maestros que escriben sobre temas cotidianos e imaginarios, locales y universales: desde un árbol que recuerda, una estrella que visita un aula o las discusiones dentro de la mochila de una niña, hasta la utopía de la paz, las andanzas de unos zapatos, la historia de un perro abandonado, un homenaje a la mujer yucateca o el entrañable recuerdo de una *Ix meen* maya. Seguramente también nos interpelarán las ideas y vivencias compartidas en la magnífica entrevista que nos concedió ese ser luminoso que es Margarita Robleda.

Como en otras ocasiones, nos acompañan grandes maestros de la literatura, entre ellos Dulce María Loynaz y Hugo Hiriart; y en la sección dedicada a los grandes educadores, el filósofo francés Jacques Maritain.

Algo novedoso —sugerido por el Dr. Vicente López Rocher en su carta del número anterior— fue la invitación a experimentar con programas de inteligencia artificial. El resultado de esos ensayos puede leerse en el poema “*En busca de un nombre*”, incluido en la sección de artículos, una creación que —aunque nacida de lo que hoy llaman Inteligencia Artificial— tiene muy poco de artificial. En realidad, estos programas articulan e integran millones de obras: enciclopedias, literatura de todos los géneros, textos periodísticos, investigación científica, historia universal... materiales concebidos por hombres y mujeres de carne y hueso, como todos nosotros. Ese poema, de algún modo, fue construido en diálogo con Shakespeare, Tolstói, Neruda y quién sabe cuántos escritores más “consultó” el ChatGPT.

Mención especial merece la semblanza biográfica y profesional del Mtro. Martín Alcocer González, donde descubrimos la docencia en su forma más pura: aquella que no busca reflectores, sino que encuentra su recompensa en la entrega cotidiana, en la alegría del aprendizaje y en la sonrisa de los niños.

Esperamos, amables lectores, que en este ejemplar de CANEK encuentren ideas y sentimientos que enriquezcan su vida personal e impulsen su vocación docente.

PALABRAS DE LECTORES

La revista CANEK se ha convertido en un espacio para la voz creativa del magisterio yucateco. No es solo un espacio para cuentos, poemas y artículos escritos por maestros de educación básica: es un puente entre la labor docente y la sensibilidad literaria que habita en las aulas y un instrumento de difusión de la cultura pedagógica y literaria.

Cada edición confirma la importancia de abrir caminos donde la palabra florezca, donde los educadores puedan compartir no solo lo que enseñan, sino aquello que los inspira profundamente en sus historias y experiencias de vida. CANEK honra la tradición cultural de Yucatán y, al mismo tiempo, impulsa a los maestros a reconocerse como narradores, poetas y guardianes de una herencia viva. En sus páginas hay una comunidad que entiende que la educación y la literatura se necesitan y se enriquecen mutuamente.

La cultura literaria es mucho más que el conocimiento de libros o autores. Para los docentes constituye una herramienta esencial que nutre su sensibilidad, enriquece su lenguaje y amplía su comprensión del mundo. Un maestro que lee, que reconoce en la literatura una forma de conocimiento, posee mejores recursos para acompañar a sus estudiantes en su propios procesos de aprendizaje.

La literatura afina la capacidad de empatía. Al entrar en contacto con personajes diversos, con realidades históricas o culturales distintas, el docente desarrolla una mirada más amplia y humana, indispensable para atender la variedad de contextos presentes en el aula. La lectura también fortalece la imaginación pedagógica: permite encontrar nuevas formas de explicar, de narrar, de inspirar. Un maestro lector no solo transmite información, sino que contagia entusiasmo, curiosidad y apertura intelectual.

Además, la cultura literaria ayuda a construir un lenguaje más rico y expresivo. En educación básica, donde se sientan las bases de la lectura, la escritura y la comunicación, el ejemplo del docente es crucial. Cuando los alumnos perciben a su maestro como un lector auténtico, la lectura deja de ser una obligación escolar para convertirse en una experiencia significativa.

La literatura nos ofrece a los maestros un espacio de reflexión personal. En medio de las exigencias administrativas y las rutinas cotidianas, la lectura abre una pausa donde es posible repensar la labor educativa, encontrar inspiración y renovar nuestra práctica docente.

Esperamos que la revista Canek pueda seguir acompañando a los maestros de educación básica, para mejorar la calidad de la educación que se imparte en Yucatán y su propio desarrollo como personas.

Antonio López Escalante



Milagros Guadalupe Canché Santos. Maestra de la escuela primaria “*Josefa Ortiz de Domínguez*”, en la localidad de Sahcabá, Municipio de Hocabá en Yucatán.

EL ÚLTIMO QUE RECUERDA

No siempre fui un sauce. Hubo un tiempo en que me llamaban de otra forma. No tenía un nombre fijo, pero todos sabían dónde encontrarme. Era el corazón verde del pueblo, el árbol de las reuniones, el centinela sin párpados que todo lo veía sin juzgar. Mi copa se abría al cielo como un cántaro de sombra; mis ramas anchas ofrecían descanso, frescura, complicidad. Tenía el cuerpo grueso, firme, cubierto de una corteza rugosa con el tono de la tierra mojada. De mis brazos colgaban hojas largas y tersas, de un verde tembloroso, con la forma exacta del silencio que escucha.

Los enamorados grababan en mí promesas con filo de piedra. Los niños trepaban por mis brazos con risas desordenadas. Los ancianos, al abrigo de mi sombra, tejían historias que olían a pan y a humo de leña. Mi tronco estaba lleno de nombres, y mi copa, de voces, incluso de tiernos secretos. Cada grieta en mi piel guardaba una historia; cada una de mis ramas albergaba un recuerdo. Era un archivo vivo del pueblo. Pero el tiempo, que nunca se detiene aunque nadie lo mire, empezó a llevarse las cosas.

Primero fue el río. Aquel que corría junto a mí, donde las familias lavaban su ropa y los jóvenes saltaban en verano, se secó sin aviso. Luego las casas comenzaron a quedarse vacías. Uno a uno se fueron todos. Algunos por promesas, otros por miedo, otros simplemente por cansancio.

Me quedé solo.

Fui, sin saberlo, el último que los recordaría a todos. Los pasos cesaron. El silencio ocupó los bancos. El polvo cubrió las marcas en mi corteza. Y yo, que una vez estuve lleno de historias, me convertí en lo que nadie quería mirar: un resto. No morí. No quise. En mi interior aún vivía el recuerdo de todos ellos. El peso de lo que fui comenzó a curvarme; mis ramas se inclinaron cada vez más, no por vejez, sino por duelo. Llorar era lo único que podía hacer para no ser olvidado.

Alguien tenía que recordar. Alguien tenía que permanecer cuando todos se hubieran ido.

Mis ramas no eran solo madera: eran hilos que unían a los que ya no estaban. Yo aún los oía. En las noches sin luna escuchaba las risas; en los vientos suaves, las canciones; y en la lluvia, los pasos. Cada hoja que perdía era una historia que se me escapaba; cada rama inclinada, un recuerdo que añoraba.

A los pocos días, los hombres del nuevo tiempo vinieron con mapas en los bolsillos, planos en las manos y máquinas que rugían más fuerte que el viento. Habían decidido construir allí, justo donde mi sombra aún tocaba la tierra. Dijeron que yo estaba viejo, que era inseguro, que no tenía sentido conservarme.

Uno de ellos me señaló con indiferencia:

—Ese árbol tiene que caer.

—Está hueco —dijo otro—. Ya no sirve.

Y me dolió.

Más que las grietas, más que la soledad. Me dolió que pensaran que ya no servía. Que la memoria estorbara. Hablaban de mí en pasado sin saber que escuchaba. Decían que ya no daba sombra suficiente, que mis ramas eran un riesgo, que ya había cumplido mi función.

Y yo... yo no podía gritar.

Solo sentir. Solo llorar.

Sentí cómo se retiraban, con su ruido metálico, dejándome promesas de destrucción madrugadora. Se alejaron, esperando el amanecer para empezar. El miedo me cubría poco a poco.

Pero esa noche, el cielo decidió hablar primero.

La tormenta llegó sin pedir permiso. Un monstruo de nubes oscuras cubrió el firmamento. El viento rugía con furia antigua, silbando sobre el campo. Los truenos partían el aire en pedazos; los árboles más jóvenes caían sin resistencia, retorcidos por la fuerza del cielo desatado.

Y entre el caos, la vi: una niña, pequeña, apenas un puñado de inviernos. Corría descalza por el campo vacío, el barro le cubría los tobillos, el miedo le nublaba los ojos. Tropezó y cayó. Se levantó, me vio —o quizás me recordó—. Corrió hacia mí, tambaleante, y se dejó caer entre mis raíces abiertas.

Entonces supe lo que debía hacer. No podía defenderme de las hachas, pero podía seguir haciendo lo que siempre supe: proteger, cuidar, resistir, recordar. Doblé cada rama sobre ella. Todas. Me cerré como una concha sobre su cuerpo tembloroso. Apreté la tierra; resistiría, aunque se rompieran mis huesos de madera y ardiera mi corteza. Un rayo cayó cerca, partiéndome el flanco izquierdo. El fuego lamió mi piel, pero no solté a la niña.

Cuando la tormenta se rindió y el sol apenas se atrevió a asomarse entre los escombros del cielo, el amanecer me encontró en ruinas... pero en paz. Los hombres del pueblo regresaron, con pasos inseguros y palabras contenidas. Venían a hacer su trabajo: cortar, limpiar, borrar, pero lo que encontraron fue otra cosa. Mi tronco estaba abierto. Mis ramas ennegrecidas por el rayo, ya no me alzaba hacia el cielo, me abrazaba al suelo, protegiendo lo único que aún latía. La niña estaba intacta.

No podían explicarlo. Nadie lo dijo en voz alta, pero todos lo vieron, fui yo, el árbol viejo, el que ya no servía, el mismo al que iban a derribar al amanecer. Y entonces no hubo hachas, sogas, solo silencio. Y luego, manos, manos que acariciaron la corteza chamuscada, las que barrieron hojas, las que retiraron ramas con cuidado, no por desecho, sino por respeto.

Uno de ellos habló y dijo:

—Dejémoslo.

Desde entonces, ya no me llamaron obstáculo, ni ruina, ni estorbo, me llamaron el árbol que recuerda y protege. Y aunque nadie lo sepa, yo sigo aquí, aún respiro, aunque más lento, pero dentro de mi madera herida, late un pulso antiguo, hecho de risas, de nombres grabados, de la voz de una niña que me dijo gracias sin decir palabras.

Mi sombra ya no es tan grande. Mis hojas no cantan con la fuerza de antes, pero algunos, los que aún creen en lo invisible, me visitan, se sientan a mis pies, apoyan la espalda en mi tronco viejo y entonces yo les susurro.

Con cada crujido, con cada hoja que cae, les hablo de quienes estuvieron antes. Les doy lo que nadie más puede: lo que queda cuando todo se ha ido. Yo, que alguna vez fui el centro del pueblo, ahora soy su memoria viva, no soy el más alto, ni el más verde, pero soy el último que recuerda.





Dulce Andrea Rivera Rico. Docente de la Escuela Primaria *Amalia Gómez de Aguilar* en Komchén, Yucatán.

La Estrellita que Bajó a la Escuela ✨

✨ Capítulo 1: La hoja que se arrugó.

Muy alto, más allá de las nubes, vivía una estrellita muy curiosa. Cada noche brillaba tranquila en el cielo, pero siempre observaba una escuelita en la Tierra donde pasaban cosas mágicas. En esa escuela trabajaba: una maestra, que enseñaba con el corazón.

Al comenzar el ciclo escolar, la estrellita decidió bajar. Se escondió en un rayito de sol que entraba por la ventana del salón de primer grado y comenzó a mirar todo muy atenta.

La primera semana fue especial. No hubo tareas, ni regaños. ¡Solo juegos! La maestra jugaba con ellos para conocerse mejor. Pero también les enseñaba cosas importantes. Un día llevó al salón una hoja blanca, lisa como el cielo despejado.

—¿Qué ven aquí? —preguntó.

—¡Una hoja limpia! —gritaron los niños.

Entonces la maestra les dijo algo raro:

—Ahora díganle cosas feas a esta hoja.

Los niños se rieron nerviosos, pero obedecieron:

—¡Fea!, ¡tonta!, ¡no sirves!

Mientras hablaban, la maestra arrugaba, doblaba y rompía poquito a poquito la hoja. Al terminar, la mostró.

—Así queda un corazón cuando alguien le dice cosas feas. Aunque la tratemos de alisar, las arrugas no se van.

Los niños se quedaron en silencio.

Ese día, la estrellita supo que acababan de aprender algo muy valioso: respetar a los demás, porque las palabras también dejan marcas.

✨ Capítulo 2: Botellones, loncheras y lágrimas secas

Algunos niños llegaban al salón con lágrimas en los ojos. Extrañaban a sus papás, tenían miedo o se sentían chiquitos. Pero la maestra tenía una voz suave como canción, y poco a poco, las lágrimas se transformaron en sonrisas.

La estrellita también notó algo: el salón empezó a verse más ordenado. Los botellones de agua ya no estaban tirados. Las loncheras estaban acomodadas en su lugar. La maestra no daba órdenes, enseñaba con paciencia y ejemplo.

—El orden no solo es limpieza, es también pensar en los demás —les decía.

Y para enseñar a respetar el turno al hablar, usaba una canción que los niños repetían como hechizo:

“Escucho, observo, espero y momento. Si hablamos todos juntos, no nos entendemos.”

La estrellita tarareaba esa canción desde su rincón favorito: una estrellita de papel en la esquina del pizarrón, donde se quedaba escondida todos los días.

★ Capítulo 3: Pastel, piratas y juegos de agua

Cada cumpleaños en el salón era una fiesta. Los niños decoraban, cantaban y comían pastel. No importaba si era grande o pequeño, todos celebraban con la misma emoción.

La estrellita amaba esos días porque el salón brillaba de alegría. Veía cómo los niños aprendían a alegrarse por los demás, a compartir y a hacer sentir especial a quien celebraba.

Y luego vino Halloween. Ese día la maestra no fue sola. Llegó con su perrito Paganini disfrazado de pirata. ¡Todos los niños gritaron emocionados!

—¡Paganini es un pirata de verdad! —dijo uno de ellos.

Pero el momento más esperado fue el Día del Niño. La maestra organizó una pijamada escolar. Llevaban sus cobijitas, cuentos, cojines y hasta peluches. También pudieron divertirse con juegos acuáticos jugaron, se mojaron, las risas estallaban y el cielo parecía aplaudir con nubes felices.

La estrellita nunca había visto tanta felicidad junta.

★ Capítulo 4: Medallas, abrazos y alas

Al comenzar el año, muchos niños no sabían escribir ni leer. Algunos solo ponían su primer nombre. Pero con cada día que pasaba, avanzaban con esfuerzo, con paciencia y con ayuda.

Y entonces llegó el gran día.

La maestra organizó una ceremonia. Puso medallas doradas, constancias de lectura y una gran sonrisa. Uno a uno, los niños pasaron al frente.

—Estas medallas son porque ya sabes leer. ¡Felicidades! —les decía con orgullo

MAESTROS QUE ESCRIBEN

Algunos niños abrazaban su constancia con fuerza. Otros miraban la medalla como si fuera un tesoro. La estrellita no pudo evitar derramar una lágrima de luz.

Y había algo más que la estrellita no dejó de notar: los niños querían mucho a su maestra. Le regalaban dibujos, pulseras, flores de papel y hasta notitas con corazones.

—Te quiero, maestra —decían varios cada día.

La estrellita pensaba:

—Este salón no solo enseña letras y números... enseña amor.

★ Capítulo 5: Segundo grado y más estrellas

El ciclo escolar estaba por terminar. La estrellita veía a los niños ya sin lágrimas, ya con cuadernos llenos, ya con sonrisas seguras.

La maestra los miró con ternura y les dio la noticia:

—El próximo año, ¡yo les daré segundo grado!

Hubo aplausos, gritos, saltos de emoción. Los niños sabían que la aventura no terminaba ahí, que seguirían creciendo con quien los había acompañado desde el inicio.

Y así, la estrellita supo que su misión había terminado. Volvió al cielo, pero ahora no miraba una escuelita... miraba muchas estrellitas nuevas brillando en la Tierra.

—Ya saben respetar, ya son ordenados, ya aprendieron a leer... y lo más hermoso, ya saben amar.

FIN

Contado por una estrellita que bajó del cielo para ver cómo los niños de una escuela primaria de Yucatán, se convirtieron en lucecitas que brillan en este mundo.





Me llamo **Daila Paola Yamá López**, tengo catorce años y estudio en la Secundaria Técnica No. 59 “*República de Ecuador*”, ubicada en el sur de Mérida, Yucatán.

LA MOCHILA DE ANNE *

En la mochila de Anne había un gran alboroto, pues todos sus útiles escolares estaban revueltos y apretujados.

Se quejaban de la tijera por ser tan filosa y cortar las hojas, pero también de los cuadernos que se enredaban entre sí por sus espirales. Los lápices de colores, sin quedarse atrás, acusaban al diccionario por ser un sabelotodo y repetir siempre lo que contenía; sin embargo, éste les respondía muy molesto, señalando que los colores manchaban y pintaban sobre las impecables hojas blancas.

Todos se atacaban entre ellos, señalando sus defectos y problemas que causaban: el lápiz muy puntiagudo, la pluma imborrable y hasta al botellón de agua con fuga lo reprendían por mojarlos.

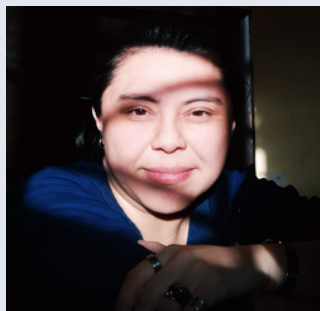
De pronto callaron todos al sentir la presencia de Anne, quien, sacándolos de la mochila, puso manos a la obra para hacer una linda manualidad con todo lo que encontró.

Inspirada, escribió un bello poema. Sobre las blancas hojas pintó con sus colores hermosas nubes y un lago; con las tijeras formó mariposas, las cuales decoró con el lápiz. Por último, usó la pluma para escribir unas divinas palabras formando una frase luminosa y profunda.

Observando satisfecha el trabajo realizado, Anne tomó un trago de agua de su viejo y querido botellón para luego guardar de nuevo sus cosas en la pequeña mochila.

Al quedarse solos otra vez, los útiles admiraron asombrados lo que su niña había hecho con ellos, desde los preciosos dibujos y recortes hasta las peculiares palabras tan valiosas que sólo el diccionario conocía. Cada quien se sintió orgulloso de su trabajo y fueron felices cooperando mutuamente y reconociendo las cualidades que todos poseían.

* “La mochila de Anne” nació gracias a una dinámica que nos propuso el prefecto de la escuela: Jorge Alberto Solís Avilés. Nos retó a crear una historia utilizando los objetos que había en el aula, y así, entre cuadernos, lápices y miradas curiosas, surgió la chispa que dio vida a esta historia.



Ligia María Chan Brito. Docente en la Preparatoria 8 *Carlos Castillo Peraza*, en Mérida, Yucatán.

UN MUNDO

El río murmura secretos de arcilla
y el viento acaricia las hojas de un ceibo
que nunca envejece, se alzan las infancias
descalzas con los ojos abiertos,
tejiendo sueños en las sombras de
un sol que no quema.

La paz, esa paloma de plumas intangibles
se posa en los tejados de zinc,
en los patios donde los niños
con sus risas de agua
desarman las guerras de los hombres.

No hay fusiles en sus manos,
sino libros abiertos como alas,
páginas que susurran universos,
los dragones son de papel
y las espadas se funden en palabras.

Un continente sangra y canta,
esos niños leen bajo la lluvia,
sus dedos pequeños recorren ríos de tinta,
navegando por mares, por selvas,
por los espejos rotos.

Cada palabra es un ladrillo de paz,
cada cuento, un refugio donde el miedo
se disuelve como azúcar en el café.

.

Oh, infancia, semilla de utopías,
tú que no sabes de fronteras,
tú que no entiendes de odios heredados,
tú qué lees el mundo como un libro abierto
donde el tigre y el cordero duermen juntos.

En tus pupilas brilla la promesa,
el murmullo de un tiempo sin fusiles
donde la paz no es un sueño
sino un patio lleno de niños
que leen, ríen y reinventan el mundo.

El árbol de la paz crece,
sus raíces beben de los ríos profundos,
sus ramas abrazan los cielos
y en cada hoja, un verso,
en cada fruto, un libro,
en cada niño, la chispa de un mundo
que aún no se cansa de soñar.





FLOR JANET VALDEZ ESQUIVEL. Directora del Centro de Atención Infantil N. 6 "William Manuel Quintal Montero" de Umán, Yucatán. Librera independiente y mediadora de lectura itinerante en *La Frontera Indómita*.

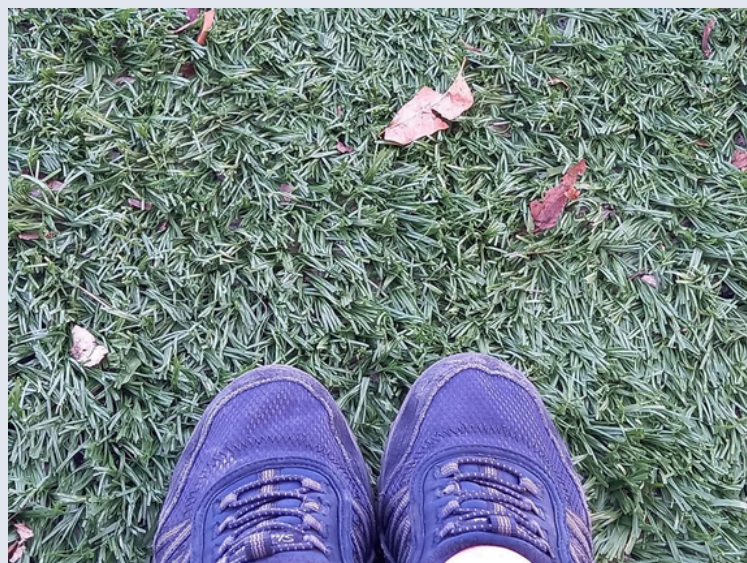
LOS ZAPATOS

Me detuve a descansar un momento en la jornada, bajé la mirada y contemplé la punta de mis zapatos gastada de tantos andares.

Pensé que ha sido una suerte enorme encontrar veredas con polvo, sin caminos construídos, con algunas piedras, hoyos, zanjas, charcos... precipicios.

¡Qué suerte tener zapatos todo terreno!, pero más suerte haber aprendido a caminar descalza desde niña... quizá por eso, sólo las puntas de los zapatos han resentido el camino: porque voy de puntitas alzando el vuelo para tratar de visualizar, desde otra perspectiva, destinos nuevos .

¡Qué suerte tener el alma libre para bailar al compás de las hojas y al ritmo del viento!





ANEL MAY SALAZAR. Docente de Inglés en todos los niveles del sistema educativo y Subdirectora de la Escuela Secundaria Estatal *Comunidad Educativa Bailleres* de la localidad de Kanasín, Yucatán.

LA SOLEDAD DE LOS SIN VOZ

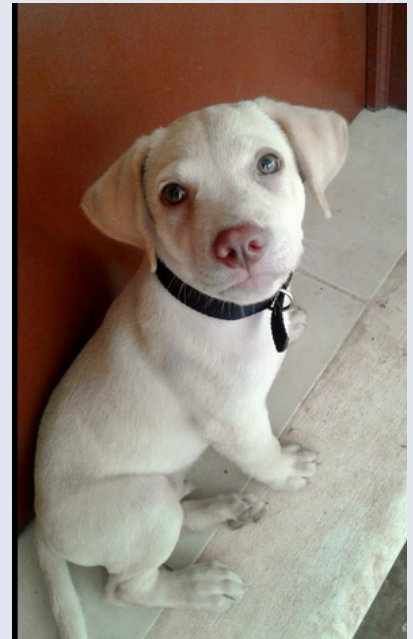
Solo quería estar con ellos,
corrí jadeando con todas mis fuerzas
y con el corazón desbocado,
pero en ese momento no me importó
sino hasta después cuando llegué a la esquina
a nada de alcanzarlos...

Pude verlos subirse a su auto, pero me ignoraron.
Lloré, pero no me escucharon.
Agité la cola, pero no me miraron.
—¿Acaso no soy importante para ellos?
Estaba ladrando y manoteaba al aire.
—Hey, ¡no se vayan aquí estoy!
—¡Espérenme ya voy!
—¿Qué voy a hacer sin ustedes?

Corrí y corrí hasta perder de vista el coche.
Iban muy rápido y los otros vehículos querían devorarme.
Me aturdieron con sus pitidos y ya no pude correr más.
Solo quería estar con ellos, sentir el césped fresco y
la mano tibia que alguna vez me dio un nombre.

Pero ahora estoy solo,
y el mundo es un lugar frío y oscuro.
No soy el mismo, estoy cansado, hambriento y sucio.
Las pulgas y las garrapatas han invadido mi pelaje.
Pero pienso: un baño y estaré bien.
Entonces me echaré en el jardín y me quedaré quietecito.
sin ladrar, ni hacer ruido, ni nada que les moleste.
—¡Pero por favor, vuelvan!

Los espero todos los días, junto a la carretera donde me dejaron.
Rezo para que un día regresen, y podamos volver a ser una familia.
Hasta entonces, solo me queda la esperanza.





Jesús Vázquez Bacab. Labora en el Departamento de infraestructura Tecnológica (sistematización) de la SEGEY y es facilitador de los cursos del Programa Entre Todos.

MUJER YUCATECA

Ser creado de miel y luz de luna
Chal tun inagotable de ternura
aroma divino del Mayab.

Generosa como tortilla del comal
etérea como vuelo de chupaflor
fortaleza del henequenal.

Torcaza pacificadora
llama tibia del hogar
fresco rocío matinal.

Mujer de mi tierra bella
mujer que viene del eco
eco del sagrado caracol.

Enmarca tu belleza un hipil
terno multicolor, xookbi chuuy
Un fino rebozo de Santa María
te abraza con ternura y pasión.

Deja que te declare mi amor
retumbante tunkul arterial
por ti eleva su voz
mi enamorado corazón.

Besaré tu sombra de palmera
bajo el sol ardiente del k'áankab
mientras danzas altiva en la vaquería.
mujer de ensueño...
¡Mujer de mi Yucatán!



EL USO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN LA LITERATURA *

La inteligencia artificial (IA) ha entrado en el territorio de la literatura como un visitante extraño: un huésped que no nació del temblor humano, pero que puede acompañarlo. Su uso correcto no consiste en reemplazar al escritor, sino en ensanchar el espacio creativo, en ofrecer caminos, no destinos; posibilidades, no sentencias.

1. La IA como herramienta, no como autor

Debe entenderse como un instrumento semejante al lápiz, la imprenta o el procesador de texto. Un escritor auténtico no delega su sensibilidad: la IA sugiere, ilumina rincones, propone giros u organiza el caos, pero la voz siempre es del autor. El error comienza cuando se pretende que la máquina “escriba por la persona”, en lugar de permitir que escriba con uno. Se trata de una colaboración, de un diálogo. Por eso el valor de sus respuestas dependerá, en gran medida, en la formulación clara y matizada de las preguntas.

2. El respeto a la originalidad

La literatura es un acto de riesgo personal. La IA puede ayudar a detectar clichés, enriquecer un estilo o revelar nuevas metáforas, pero la obra final debe contener la huella emocional del autor. Esto implica también evitar la copia inadvertida (el plagio) y fomentar la conciencia del origen de cada idea.

3. Transparencia y ética

En contextos profesionales o académicos, es recomendable reconocer cuándo una IA intervino en el proceso creativo. No para disminuir el valor del texto, sino para mantener la honestidad intelectual. La literatura no deja de ser auténtica porque la IA haya participado, pero sí se vuelve opaca si se oculta su participación.

4. El desarrollo del criterio del escritor

La IA puede generar páginas enteras, pero es el criterio del autor el que decide qué queda, qué se elimina, qué se transforma. El uso correcto consiste en educar el gusto, no en abandonarlo. La IA es una brújula que señala posibilidades, pero el rumbo lo marca la conciencia del escritor.

* Texto generado por el Chat GPT (Transformador Generativo Preentrenado)

5. La IA como taller permanente

Muchos la usan como un laboratorio textual: para probar tonos, atmósferas, perspectivas, estructuras narrativas. Bien empleada, la IA puede acelerar el aprendizaje, ofrecer ejemplos, corregir un estilo, o traducir una emoción que el autor aún no encuentra cómo nombrar.

6. La preservación del misterio humano

La literatura no es solo técnica: es memoria, experiencia, pérdida, deseo, herida. La IA puede imitar la forma, pero no sustituir el fondo vital que sostiene toda obra duradera.

El uso correcto consiste en no perder de vista que lo literario nace del asombro humano, no del cálculo.

Conclusión

El uso correcto de la inteligencia artificial en la literatura es aquel que permite que el escritor sea más escritor, no menos.

Una IA bien empleada es una extensión de la imaginación; mal empleada, una sombra que la sustituye.

La clave está en convertirla en aliada, no en ventrílocua; en usarla como chispa, no como hoguera; en recordar que lo que vuelve eterna a una obra no es la perfección técnica, sino la verdad emocional que solo la experiencia humana puede aportar.

En la siguiente página, les presentamos un ejemplo del gran potencial de la IA

A raíz del estreno de la película ***Frankenstein*** de Guillermo del Toro, se nos ocurrió pedirle al CHAT GPT, que elaborara un poema sobre este gran personaje (un clásico de la literatura universal), creado por Mary Shelley en 1818, cuando ella tenía solamente 19 años de edad.

El poema (con un mínimo de retoques) fue titulado por el programa de IA **EN BUSCA DE UN NOMBRE** y después generó el siguiente texto, que resulta más sorprendente todavía, si consideramos que fue elaborado en 5 segundos.

EN BUSCA DE UN NOMBRE

Naciste en un cuarto de sombras,
cuando el mundo aún dormía
y un relámpago abrió la noche
para darte un corazón prestado.

Eras materia prohibida,
cosecha de huesos y tendones
torres de músculo reanimado,
un ejército de vidas pasadas
resucitando en tu pecho.

Mapa trazado de ausencias,
un rompecabezas de latidos ajenos,
pero en tus ojos recién encendidos
temblaba —como un secreto antiguo—
el deseo de ser alguien.

Tu creador, ebrio de sueños y de culpa,
te negó el calor primero,
y tú aprendiste a caminar
entre el hielo de las miradas,
donde tu paso resonaba
como el eco de un dios roto.

Fuiste gigante y niño a la vez,
ángel caído sin cielo propio,
en busca de un nombre
que no fuera grito ni condena.

Yo te miro desde este siglo cansado
y aún escucho tu pregunta:
¿quién merece ser amado?
Quizá tú lo sabías mejor que todos:
que el monstruo nunca estuvo en tu frente cosida,
sino en quienes no supieron comprender
que no eras un error sino un espejo.

Sigue andando, hermano de la noche.
En cada luciérnaga que se enciende,
en cada mano que intenta comprender,
vive todavía: el fuego que una vez te despertó.





UN CROAR DE ESPERANZA Y ATREVIMIENTO PARTE II

Entrevista a Margarita Robleda por
Georgina Estrada Mota

En la entrega pasada, la escritora Margarita Robleda nos llevó por la narrativa de su encuentro con la gente de la Sierra Tarahumara la primera vez que pisó ese territorio, el cual le ha dejado el conocimiento de su vocación y el descubrimiento del sentido de su vida, que es “hacer lagartijas a las neuronas y cosquillas al corazón”.

Hoy, con esta segunda entrega, concluimos esta agradable entrevista en la que también charlamos acerca de las dificultades que hoy en día provoca el exceso de dispositivos electrónicos y que obstaculizan el acceso a una cultura lectora. La forma de reinventarse de Margarita Robleda para que el mensaje que quiere dar a conocer llegue a niños, jóvenes y adultos y algunas experiencias vividas en espacios de formación docente.

En la edición pasada, la escritora terminaba mencionando la importancia de reconocerse a uno mismo: “si no me reconozco, no puedo reconocer a los demás. Yo ya me reconocí, no tengo problemas al decir que soy talentosa, que soy inteligente, no pasa nada. Pero eso está al servicio del otro, del sentido de vida, del trabajo, de la razón de estar aquí”.

E. Aquí está la autenticidad de Margarita Robleda, esto que dice: te tienes que reconocer. Y cada que puede es algo que comparte. La han invitado a ser madrina de escuelas, la han invitado a que bibliotecas escolares lleven su nombre, y cuando usted ha sido madrina es lo que les dice a esos chicos: “mi fuerza es esa, que me tengo a mí, recuerda que nunca estarás solo, te tienes a ti, y esa es tu mejor fuerza”. Creo que cuando una persona como Margarita Robleda se lo dice a esos chicos que están siendo apadrinados por esta maravillosa mujer, yo creo que son palabras con mucha fuerza y mucho significado que se quedan en el espíritu y en el alma.

M.R. Pues es que yo también he descubierto que los reconocimientos te hacen sentir muy honrada, son oportunidades de tener foro; como que tu palabra tiene más fuerza en ese momento, y yo lo utilizo para decir, “vales mucho, mereces respeto, atrévete a luchar por tus sueños”.



E. Sí, me lo puede decir cualquiera, pero cuando veo la congruencia de estas palabras en la vida de quien me lo dice, creo que esos son en verdad, dones como madrina para esas generaciones que apadrina. Ojalá algún día nos pudiera visitar en mi Jardín de Niños, en mi biblioteca.

Junto con dos amigas fundamos una biblioteca infantil, “La silla del pájaro carpintero”. Este año, primero Dios, cumplimos cuatro años de estar mediando la lectura con niños desde tres y hasta 12, 13 años. Nos ha sido complicado mantener este espacio, ha sido complicado que los padres de familia apuesten porque la lectura sea un regalo maravilloso para la vida de sus hijos, que no sea nada más un simple acto de decodificar, sino que sea una lectura para la vida y que sea ese mecanismo, el sostén para muchas situaciones: para cuando estás triste, para cuando estás alegre, para cuando tienes logros, para cuando no encuentras ese farolito que te guía, siempre una lectura podría ser esa base de donde te agarras para salir adelante. Entonces, hemos tenido niños, sí, a lo largo de estos cuatro años, pero se nos hace muy complicado captarlos.

Los padres de familia a veces prefieren el fútbol, las clases de inglés, el ballet, la danza... Sin embargo, los niños que han estado con nosotros a lo largo de este tiempo y los padres de familia se dan cuenta de los cambios, pero no de los cambios que son para un ratito, sino de los cambios permanentes que están teniendo sus hijos. No apostamos porque la lectura sea para un mejor rendimiento académico, sin embargo, de manera colateral se da este hecho.

Y lo maravilloso, es que descubres que con la lectura puedes formar niños que piensen por sí mismos, que puedan argumentar sus ideas, que puedan debatir lo que tú dices, que se puedan hacer sensibles a lo que escuchan, a lo que leen, que pueden aprender a comunicarse...

¿Cómo enfrenta Margarita Robleda este formar lectores para la vida en una época en donde el celular, las tabletas, los videojuegos están tan inmersos en la vida de las personas?



M.R. En primer lugar, porque yo soy producto de lectura. Para mí fue vital leer “Mujercitas” y ver que había una “yo” a la que me podía parecer, porque yo era rara. Yo era rara desde chica. Yo me preguntaba “quién soy, a dónde voy, qué sentido tiene la vida” y todos: ¿de qué estás hablando? Entonces fue vital. Así que yo tengo muy claro eso.

Y bueno, después de eso, toda mi formación lectora, y el placer, y todo lo demás que conlleva. Pero es una lucha con los papás porque yo no sé qué nombre ponerle y quién está aquí arriba, es el capitán, porque no es un presidente. Es mundial el asunto y en eso hay todo un fondo: ¿Cómo nos controlan y cómo

nos van a controlar? Nos están educando para ser productivos, para que podamos ser buenos consumidores, porque les conviene y nos mantienen entretenidos mientras llega la carroza ¡tan tan!

Entonces, los papás yo los siento unos adolescentes que no tuvieron muchas posibilidades en su infancia o en su juventud y ahora que tienen dinerito, quieren ropita, quieren pasársela bien y no se dieron cuenta en qué momento tuvieron hijos. Entonces le dan al chiquito su celular para que se entretenga y ellos puedan hacer lo que quieren hacer. Yo por todos los medios hablo de que no se dan cuenta de que tienen que hablarle a su hijo, tienen que conectarte con él. Los niños no están teniendo experiencias familiares, yo lo veo incluso con mis sobrinos. Yo soy la que hago eventos porque caí en cuenta que los de la tercera generación, sus hijos, no se conocen, pero porque no tuvieron tiempo sus papás, mis hermanas, de haber juntado más a sus hijos, a los sobrinos en general, entonces pues no se conocen. Entonces yo he estado haciendo eventos porque si no nos conocemos, ¿cómo nos vamos a querer?

La verdad es que estamos perdidos. Los papás no saben ni por dónde, y no tienen ni siquiera dónde ir a consultar, pero tampoco quieren pensar. ¡Qué flojera! Ya no quieren leer. Por eso incluso ya estoy entrando a TikTok. No había querido entrar a TikTok, pero me doy cuenta de que mis artículos que subo cada semana al Facebook (tengo ocho años escribiendo una vez a la semana en la jornada maya) la gente no los quiere leer. ¡Qué flojera! Y además: “Margarita con sus cosas, ¡ay, me va a enredar! Yo me quiero divertir, yo estoy cansado. No, no quiero pensar” Entonces descubro que les gusta más que se los lea y que mueva los ojos y que, bueno, ¡uh, uh, uh! Y decirles en un rap.

No sé si has escuchado el último rap que escribí. Iba ir a Dzitbalché, a una prepa, y dije: “¿En qué momento de su vida están estos jóvenes? ¡ay, la hormona debe estar tremenda!, ¡perfecto! Hay que hacer un rap neurona versus hormona.



E. Y son temas fuertes que, con un género musical así, yo creo que los jóvenes se enganchan y varios de ellos reflexionarán. ¡Lo que la fuerza de la palabra dicha a través de este rap puede dejar en ellos!

M.R. Por lo menos, ¿sabes qué? he tenido dos mil jóvenes calladitos. Eso es un milagro. ¿Una hora? Campeche me llevó hace como 10 años, me invitó, yo no quería porque me daban miedo los jóvenes con su arete aquí, ya sabes, con su jeta, ¿no? Y hasta que entendí que eran los cachorros de nuestra especie y que estaban solos, estaban muy solos. ¡Entonces se da una comunicación maravillosa! Porque llego y les digo: “vamos a hablar de todo: sexo, drogas y rock and roll...” Y todos, ¡ja!

E. ¡Le entiendo! Nosotros, en la biblioteca, mediamos lecturas para niños. Sin embargo, también tenemos un espacio para formación docente y hemos podido facilitar algunos talleres. Hemos dado talleres a maestros de educación básica y también se nos han unido algunas supervisoras, asesoras técnico-pedagógicas y algo a lo que no nos habíamos atrevido hasta unos meses atrás, en marzo: nos llegó una invitación para animar un espacio de lectura para chicos de preparatoria. Nunca lo habíamos hecho.

Somos Adriana, Lili y una servidora y dijimos: “¡Va!, si podemos generar espacios de lectura para adultos, lo podemos hacer con chicos de preparatoria” Nos quedamos muy sorprendidas de que los muchachos estuviesen enganchados con los textos que les llevamos. Cuando se les da esa oportunidad de expresar, cuando tienen ese espacio para tomar la palabra y decir lo que sienten, para que nos cuenten la lectura que hacen de ellos mismos a partir de ese libro; escuchar experiencias como: “pero yo la leía con mi abuelita, mi abuelita me la leía ...” Fue una experiencia maravillosa y es en donde nos damos cuenta, de que es tiempo compartido con alguien más, es compañía lo que necesitan. La disfrutan y la están pidiendo a gritos...

M.R. Es por eso que están ahorita enamorados de la inteligencia artificial, porque los oye, les dice que sí, ¿verdad?, que adelante. Nunca habían encontrado eso, siempre están mal. Cuando quieras me invitas, cuando quieras. Y cuando quieras, con los maestros también. De verdad que sí, eso es lo que yo quiero hacer, eso es lo que deseo compartir, porque eso lo he ido pescando en la vida. Mi universidad ha sido la vida y me atrevo. A mí me invitan y yo digo que sí.

Una vez me invitó el Seguro Social en México y me dijo “Margarita está muy bien que nos cantes y nos cuentes, pero ¿por qué no nos enseñas a hacerlo? ¿le entras? Dije: “claro que sí”. Me dijeron: “te voy a llevar a 8 estados, a las capitales, y vas a dar un taller de 16 horas para que sean más creativos” Yo nunca había tomado un taller y yo decía “si es en la mañana, después de buenos días... ¿qué se dice? Si es en la tarde, buenas tardes”

Y dije “a ver espérame, ¿cuál es el objetivo? ¿cuál es la meta? El objetivo es que se atrevan” y entonces empecé a diseñar ejercicios. Empezamos en Morelia y me fue muy bien. Si Yo empiezo en Colima, allá se acaba mi carrera porque mandaron a puros maestros enojados porque habían mandado a una huacha ¿verdad? Porque ¡cómo de México mandaron a alguien! Si allá hay gente tan valiosa; esos egos lastimados que se dan en todas partes porque no hay oportunidades. Y el primer día fue terrible porque “¿maestra que piensa usted de la teoría de shcure shcure? ... y yo ¡¿mmm?!”



Salí a caminar y decía: ¡Dónde me meto yo, que estoy haciendo aquí, horrible horrible! Hasta que entendí, regresé al siguiente día, se dieron cuenta que ayer me habían agarrado entonces le dije: “Mira mi rey vamos hablando, claro. Vas a la universidad y lo investigas, yo no te vengo a dar esa información. Yo te vengo a compartir los descubrimientos de 15 años de trabajo, mis preguntas, y hacemos alianzas solidarias en favor de nuestros niños ¿no? Cuando ellos me vieron cantar al día siguiente, a las doce del día bajo el sol, con 500 niños en el patio que estaban clavadísimos ¡Uy!, oí qué decían: “¿Qué fue lo que nos dijo estos días? ¡Mírala!”. Yo nunca niego que no tengo formación académica, pero tengo formación de vida; la vida me ha ido dando herramientas y elementos porque mis preguntas me van llevando de una cosa a la siguiente.

E. Y finalmente, el ser humano así se construye: de la experiencia. Lo de la teoría soporta tanto, pero es en la vida y en la experiencia en donde nos vamos formando para darnos a nosotros un sentido a lo que vivimos. Yo creo que eso es algo que también vamos entendiendo con el paso de los años.

Ya cerrando este encuentro tan cálido, la escritora Margarita Robleda Moguel hace un llamado y nos invita a hacer alianzas solidarias. Dice que “los locos se juntan con los de su especie”. Quisiéramos ser locos, como lo ha sido desde siempre El Quijote, quien como nuestra querida Rana Margarita nos muestra que esta es la locura de una realidad más esperanzadora, atrevida de vivir con saltos de felicidad por este mundo; en donde el reconocimiento de uno mismo es el principio para reconocer y valorar al otro. Porque seguramente, de estas locuras en compañía salen cosas maravillosas que cambian la vida de muchos, empezando por las propias.

M.R. Padres de familia, maestros, supervisores, abuelas, abuelos, tíos... el mundo se nos está deshaciendo de las manos, entonces te toca despertar. Despertar de ese entretenimiento mientras llega la carroza y llenarnos de preguntas y decir: a ver ¿con qué cuento? pues con mi sonrisa ¡pues úsala! no tengas cara de jeta ¿verdad? ¡Comparte sonrisas! Con lo que cuentes, con lo que cuentes; con un “buenos días”, con una pregunta, con una adivinanza, con una canción, con una cocinada ¿qué tienes? ¡Toca disfrutar!

Yo quiero invitarles a que hagamos alianzas solidarias. Nuestros niños están muy solos, están angustiados porque nos oyen angustiados; hay que leerles cuentos, hay que cantar con ellos. De verdad, si no convivimos con ellos, en un momento dado, ya no van a querer hablar con nosotros. ¿Para qué? “No estabas cuando yo necesitaba contarte mis chistes” Y esos niños llegan a grandes y quieren cobrarle la cuenta a quien no merece.





Dulce María Loynaz. Cuba (1902 - 1997)

Poeta y narradora, considerada una de las principales figuras de la literatura cubana e iberoamericana.

Discurso al recibir el Premio Cervantes de Literatura en 1992

Majestades, Presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid, señor Ministro de Cultura, Autoridades Académicas, excelentísimos señores y señoras:

Constituye para mí el más alto honor a que pudiera aspirar en lo que me queda de vida, el que hoy me confieren ustedes uniendo mi nombre, de algún modo, al del autor del libro inmortal. Unir el nombre de Cervantes al mío, de la manera que sea, es algo tan grande para mí que no sabría qué hacer para merecerlo, ni qué decir para expresarle.

Un extraordinario pensador de la América Hispana, José Martí, sentenció una vez: «Los hombres se miden por la inmensidad que se les opone». Interpretando el sentir de esta máxima martiana en Don Miguel de Cervantes, cuya obra es el eje central que motiva esta solemne ceremonia, podemos decir que el glorioso «Manco de Lepanto» tuvo genio suficiente para oponerlo ante la inmensa tarea que se propuso, dar fin a ella y conocerle por ella las generaciones posteriores.

Es, pues, gran honor y un compromiso muy difícil de asumir, para quien recibe cada año este Premio, ser depositario, aunque fuese menguada, de aquella extraordinaria luz del genio Cervantino. Por lo tanto me honra singularmente que se haya considerado mi nombre digno de acompañar, aunque sea de lejos, al del titán de las lenguas españolas.

Acepto conmovida este Premio que se me concede en la ciudad donde naciera el gran escritor, y en el paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, honor tanto más grato por cuanto lo recibo de manos del Rey Juan Carlos I.

En su libro *Memorias de la Guerra*, cuenta mi padre, el general Enrique Loynaz del Castillo cómo, recorriendo la ciénaga de Zapata durante campaña de 1895, vino a dar a un claro del bosque donde un oficial del ejército español dormía con la cabeza apoyada en un libro. Al ruido de pisadas en las hojas secas despierta el durmiente que viéndose sorprendido escapa dejando abandonados en el suelo un estuche de cuero y el libro que le sirviera de almohada. Mi padre recoge ambas cosas, entrega al oficial que le acompañaba el estuche donde brillaba rica joya y retiene el libro en cuya cubierta empieza a leer: «Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha por Don Miguel de Cervantes Saavedra».

Continuando la marcha por la inhóspita zona, mi padre y sus compañeros se extravían y tras caminar un buen trecho, rendidos de fatiga, se sientan en el tronco de un árbol derribado. Mi padre abre el libro y empieza a leer para sí, y luego se interrumpe con risa que no ha podido contener. ¡Siga, siga riendo! -dicen los otros-, que esa risa nos hace pensar que ya usted encontró el modo de salir de este infierno. Mi padre vuelve a leer el párrafo que provocó su hilaridad, esta vez en voz alta. Y todos ríen juntos, como si, en efecto, ya vieran resuelta la angustiosa situación.

La risa, cuando puede participarse, hermana a los hombres. Por otra parte no es difícil llorar en soledad y, a cambio, es casi imposible reír solo. La risa es una sustancia casi volátil, quiero decir difícil de conservar: lo que hacía reír a nuestros abuelos ya no nos hace reír a nosotros y lo que hoy nos hace reír, no es probable que haga reír a una cuarta o quinta generación. El truco del pastel aplastado en el rostro del cómico ya no funciona con los muchachos de hoy. Por eso considero importante detenerme en resaltar esta faceta del libro inmortal a pesar de que de una u otra forma ha sido comentado por otros autores. Porque conservar fresco ese elemento volátil en palabras escritas hace siglos creo que constituye una verdadera hazaña.

Nos dicen que hay animales que ríen pero si entendemos la risa como un fenómeno inducido por la percepción de una situación cómica es evidente que sólo el ser humano puede reír conscientemente. Porque es el único capaz de percibir la comicidad de un acto en vivo o traducido a palabras o a meras líneas.

Y como hemos ido perdiendo poco a poco las legítimas motivaciones para la risa la actual generación ha tenido que inventarse lo que llaman humor negro, que es una mezcla de azúcar y harina condimentada con gotas amargas.

Mi padre lee algunos pasajes del Quijote y ríe. Pero, ¿dónde se encontraba mi padre?, en la más difícil de las situaciones, perseguido y extraviado en plena selva tropical. Las condiciones no podían ser más adversas y sin embargo mi padre ríe tan espontáneamente que su risa es contagiada a sus compañeros. ¿Quién hizo el milagro? Un hombre que vivió hace cuatrocientos años y lo suscitó con palabras escritas en un papel.

A lo largo de los siglos este libro ha sido leído, releído y comentado. Es difícil hallar otro con tanta repercusión en los hombres de distintos tiempos y distintos países salvo, tal vez, la Biblia. Hay quien pretende que Cervantes sólo se propuso ridiculizar y por tanto erradicar los libros de caballería tan en boga en su tiempo. Rechazo esta tesis: Me parece que rebaja el mérito del gran escritor y de la gran obra. Equivaldría a decir que Cervantes apuntó a una codorniz y cobró un águila real.

Nunca me he afiliado a las teorías casuales, creo que en todo hay un origen y un propósito pero como el tema es amplio y tal vez me llevaría a afrontar otros, prefiero terminar con los más bellos versos que a juicio mío se han dedicado al inmortal caballero andante: los versos fueron escritos a principios de siglo por un modesto poeta cubano, a quien pude conocer personalmente, y cuyo nombre era Enrique Hernández Miyares.

LA MÁS FERMOsa

Que siga el caballero su camino,
agravios desfaciendo con su lanza:
Todo noble tesón al cabo alcanza
fijar las justas leyes del destino.

Cálate el roto yelmo del Mambrino
y en tu flaco rocín altivo avanza.
Desoye al refranero Sancho Panza.
y en tu brazo confía, y en tu sino.

No temas la esquivez de la fortuna:
Si el Caballero de la Blanca Luna
medir sus armas con las tuyas osa,

Y te derriba por contraria suerte,
de Dulcinea, en ansias de la muerte,
¡di que siempre será la más hermosa!



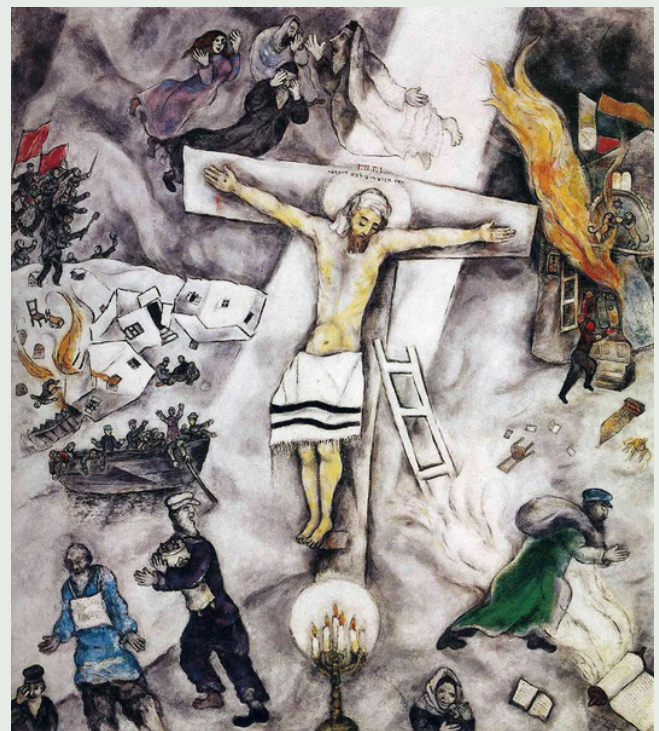
Grabado de Gustavo Doré. Francia (1832 - 1883)

POEMAS DE DULCE MARÍA LOYNAZ

AMOR ES...

Amar la gracia delicada
del cisne azul y de la rosa rosa;
amar la luz del alba
y de las estrellas que se abren
y la de las sonrisas que se alargan...
Amar la plenitud del árbol,
amar la música del agua
y la dulzura de la fruta
y la dulzura de las almas
dulces..., amar lo amable, no es amor;
Amor es ponerse de almohada
para el cansancio de cada día;
es ponerse de sol vivo en el ansia
de la semilla ciega que perdió
el rumbo de la luz, aprisionada
por su tierra, vencida por su misma
tierra... Amor es desenredar marañas
de caminos en la tiniebla:
¡Amor es ser camino y ser escala!
Amor es este amar lo que nos duele,
lo que nos sangra
por dentro...
Es entrarse en la entraña
de la noche y adivinarle
la estrella en germen... ¡La esperanza
de la estrella!... Amor es amar
desde la raíz negra.
Amor es perdonar; y lo que es más
que perdonar, es comprender...
Amor es apretarse a la cruz,
y clavarse a la cruz,
y morir y resucitar...

¡Amor es resucitar!



Marc Chagall. *Crucifixión blanca* (1938) I

El poema en la voz de su autora:

<https://www.youtube.com/watch?v=gw17xPJhycw>

SI ME QUIERES, QUIÉREME ENTERA

Si me quieres, quíereme entera,
no por zonas de luz o sombra...
Si me quieres, quíereme negra
y blanca. Y gris, y verde, y rubia,
y morena...
Quíereme día,
quíereme noche...
¡Y madrugada en la ventana abierta!

Si me quieres, no me recortes:
¡Quíereme toda... O no me quieras!

EN MI VERSO SOY LIBRE

En mi verso soy libre: él es mi mar.
Mi mar ancho y desnudo de horizontes...

En mis versos yo ando sobre el mar,
camino sobre olas desdobladas
de otras olas y de otras olas... Ando
en mi verso; respiro, vivo, crezco
en mi verso, y en él tienen mis pies
camino y mi camino rumbo y mis
manos qué sujetar y mi esperanza
qué esperar y mi vida su sentido.

Yo soy libre en mi verso y él es libre
como yo. Nos amamos. Nos tenemos.

Fuera de él soy pequeña y me arrodillo
ante la obra de mis manos, la
tierna arcilla amasada entre mis dedos...
Dentro de él, me levanto y soy yo misma.

La vida y la obra de la poeta cubana Dulce María Loynaz:
https://www.cervantesvirtual.com/portales/dulce_maria_loynaz/



JACQUES MARITAIN: BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Jacques Maritain nació en París el 18 de noviembre de 1882, en una época en que la razón pretendía bastarse a sí misma y la fe parecía un eco lejano del pasado. Hijo de una familia ilustrada, fue educado en el rigor de las ciencias naturales en la Sorbona. Pero pronto descubrió que los números y los experimentos no respondían a las preguntas más hondas del alma. En esa búsqueda de sentido conoció a Raïssa Oumansoff, una joven rusa de inteligencia luminosa y sensibilidad poética, que se convertiría en su compañera inseparable. Juntos emprendieron un camino interior que los llevó, tras una profunda crisis espiritual, a encontrar en la fe católica una verdad que no anulaba la razón, sino que la elevaba.

Su encuentro con el escritor místico Léon Bloy fue decisivo. De él aprendieron que la vida cristiana podía ser a la vez un acto de rebeldía y de amor. A partir de entonces, Maritain consagró su existencia a reconciliar el pensamiento moderno con la sabiduría de Santo Tomás de Aquino. No se trataba de repetir la Filosofía Tomista, sino de hacerla dialogar con los problemas de su tiempo: el totalitarismo, el materialismo, la crisis del arte, la soledad del hombre moderno.

Filósofo, maestro y diplomático, Maritain escribió una obra vasta y profunda, donde cada página es una defensa de la dignidad de la persona humana. En *Arte y escolástica* (1920) propuso una estética fundada en la contemplación y el servicio a la belleza como camino hacia lo divino. En *Los grados del saber* (1932) exploró la pluralidad de modos de conocimiento, y en *Humanismo integral* (1936) trazó una de las visiones más nobles del hombre del siglo XX: un ser libre, espiritual y abierto a la trascendencia. Su pensamiento inspiró la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y alimentó las raíces intelectuales de la democracia cristiana.

Durante su vida enseñó en universidades de Europa y América, y fue embajador de Francia ante la Santa Sede, siempre fiel a su ideal de unir la verdad con la caridad. En sus últimos años, tras la muerte de Raïssa, se retiró a la comunidad de los Hermanitos de Jesús en Toulouse, donde vivió con humildad y serenidad hasta su muerte, el 28 de abril de 1973.

En Maritain, la filosofía no fue un ejercicio abstracto, sino una vocación de amor al hombre y a Dios. Creía que la razón debía servir a la esperanza, y que la política, la educación y el arte sólo tienen sentido si buscan el bien común y la plenitud del espíritu.

LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN *

Al día siguiente de la guerra y de la liberación, me sentía yo más optimista de lo que hoy me siento respecto de nuestras democracias y de nuestra civilización occidentales. De hecho, el fenómeno de perversión profunda presentado por el nazismo y el fascismo había sido la señal deslumbradora de la decadencia en que habían entrado. Y no han sabido aprovechar la victoria militar para realizar las indispensables rectificaciones interiores, tanto intelectuales y morales como sociales. La permanencia, más o menos inconsciente, de prejuicios racistas y del antisemitismo en ciertas capas de su población es un mal síntoma. Otro mal síntoma es la especie de contaminación de los métodos hitlerianos sufrida por los Estados democráticos en un punto tan espantosamente típico como el uso de la tortura por parte de los servicios de inteligencia para obtener información en caso de conflicto armado. Y lo que es de suma gravedad es la ausencia total, en los pueblos libres, de una filosofía de la vida y de la sociedad que les sea propia y que fundamente racionalmente su aversión al totalitarismo de derecha o de izquierda; así como la total ausencia simultánea de un ideal dinámico lo bastante poderoso para dirigir la acción. (Permítasenos, de pasada, anotar que un libro como Humanismo Integral, en el que modestamente procuraba yo remediar un poco esta ausencia de una filosofía democrática auténtica, ha sido tan mal leído por las gentes de izquierda —a través de los lentes de las pasiones políticas del momento— como detestado por las gentes de derecha).

Un resultado de la gran carencia que acabo de mencionar consiste en que, tanto en el plano del Estado como en el de la vida privada, el hombre de buena voluntad no tiene que considerar más que intereses en conflicto, en medio de los cuales se debate sin luz superior, en la pura contingencia de los acontecimientos y el azar de las circunstancias. Incurables rivalidades reinan entre naciones que, no obstante, se reconocen fundamentalmente solidarias. Y se rechaza considerar, aunque sea como un objetivo alejado pero absolutamente necesario, la idea de una verdadera autoridad supranacional con poderes bien definidos. El temor de una guerra atómica general ronda la imaginación. La plena liberación gloriosa y la especie de deificación del ser humano, que nos embriagan de delirio verbal, no son sino un sueño de compensación.

A despecho de los constantes progresos de la técnica y de la máquina creada por el hombre para suplantar a la naturaleza, cada uno se agota en un esfuerzo cotidiano que sobrepasa sus fuerzas y carece de salida. La mayor parte de los miembros de las clases dirigentes y del mundo de los negocios siguen fieles a su sórdido egoísmo sagrado, mientras que una mentalidad pequeñoburguesa invade a los elementos mejor dotados del mundo obrero

***Fragmentos de una conferencia pronunciada en la Universidad de Yale, en 1943:**

chrome-

[extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://w
ww.jacquesmaritain.com/pdf/10_EDU/04_ED_EduHI.pdf](https://www.jacquesmaritain.com/pdf/10_EDU/04_ED_EduHI.pdf)

LOS GRANDES EDUCADORES

El propio Marx tiene ahora el aspecto de un viejo filósofo clásico, y el comunismo, que por su dogmatismo ideológico gozaba de una fuerza aparente y constituía para los enemigos de toda forma de totalitarismo un adversario fácil de señalar, entra en una fase oscura de conflicto despiadado entre sectas disidentes.

El residuo enteramente materialista de formación social que se llama sociedad de consumo aparece, a despecho de tantos progresos parciales que prosiguen su curso, como la señal y el estandarte de una civilización en plena desintegración. Tenía razón Paul Valéry al afirmar que las civilizaciones son mortales; en eso es avalado por un etnólogo tan conspicuo como M. Lévi-Strauss. Un amigo me recordaba recientemente que, en una conversación que tuvimos hace más de treinta años, le decía yo que llegaría un día en que quizá viniesen misioneros de África a predicar el Evangelio a los blancos de Europa y de América, y a volverles a enseñar los principios de un auténtico humanismo.

Tal coyuntura histórica es, sin duda, posible. Pero ciertamente es posible también que, después de una prueba histórica particularmente temible, la civilización occidental se regenere a sí misma. Eso es lo que me parece más probable. Y es por ese segundo miembro de la alternativa por el que apuesto.

¿Por qué, pues, en definitiva?

Porque las generaciones pasan y no se parecen.

La gran prueba de la educación de hoy

Constituye una gran prueba para la educación tener que proseguir su tarea en una crisis de civilización como la que atravesamos y en el seno de una cultura y de una *intelligentsia* en pleno desorden espiritual. El mismo sistema educativo de los países democráticos necesita una profunda renovación. Y el gran enemigo que lo amenaza es la corriente que hoy día arrastra a tantos espíritus hacia las ilusiones tecnocráticas. Nada sería más funesto que una educación que no apuntase a hacer al hombre más verdaderamente humano, sino a hacer de él el órgano perfectamente condicionado y perfectamente ajustado de una sociedad tecnocrática.

Naturalmente, no es cuestión de negar o minimizar la inmensa necesidad de tecnología creada por los progresos constantes de la ciencia y del régimen industrial. Es una necesidad que se debe estar dispuesto a aceptar. La cuestión consiste en saber cuál es el exacto significado de la tecnología para el hombre y no transformar la tecnología en suprema sabiduría y regla de la vida humana, y no cambiar los medios en fines. La guerra que nos ha salvado del nazismo ha sido aceptada y llevada a cabo por la libertad y la justicia, por la igualdad de los derechos, para desbloquear el esfuerzo de la historia humana hacia una comunidad de pueblos libres.

Todo cuanto al respecto se invoca son principalmente valores espirituales. Si no tenemos medio alguno para determinar en qué consisten la libertad, la justicia, el espíritu, la personalidad y la dignidad humanas, y por qué esas cosas son dignas de que por ellas se muera, entonces todos los dolores e inmolaciones de la guerra contra Hitler y todos los horrores de los campos de la muerte no han sido sufridos más que por palabras.

Si nosotros, y la juventud que será educada para las futuras democracias, consideramos que todo lo que no es calculable o materialmente ejecutable no es sino un mito, entonces resulta muy vano luchar contra toda forma de totalitarismo, ya que el prefacio al totalitarismo es el desconocimiento de la dignidad espiritual del hombre y el postulado de que la vida y la moralidad humanas están reguladas por valores puramente materiales o biológicos. Según eso, puesto que el hombre no puede abstenerse de alguna adoración amorosa, la adoración monstruosa del Leviatán totalitario tendrá su día. La tecnología es buena como medio para el espíritu humano y para fines humanos. Pero la tecnocracia — es decir, la tecnología comprendida y reverenciada de manera tal que excluya cualquier sabiduría superior y todo trabajo por comprender algo distinto de los fenómenos calculables— no deja en la vida humana sino las relaciones de fuerza o, cuando más, las de placer, y desemboca necesariamente en una filosofía de la dominación. Una sociedad tecnocrática no es sino una sociedad totalitaria. Pero una sociedad tecnológica puede ser democrática con tal que esté vivificada por una inspiración supratecnológica y que reconozca, con Bergson [5], que el mundo necesita un “suplemento de alma” —hoy en día mayor— y que la “mecánica” exige la “mística”.

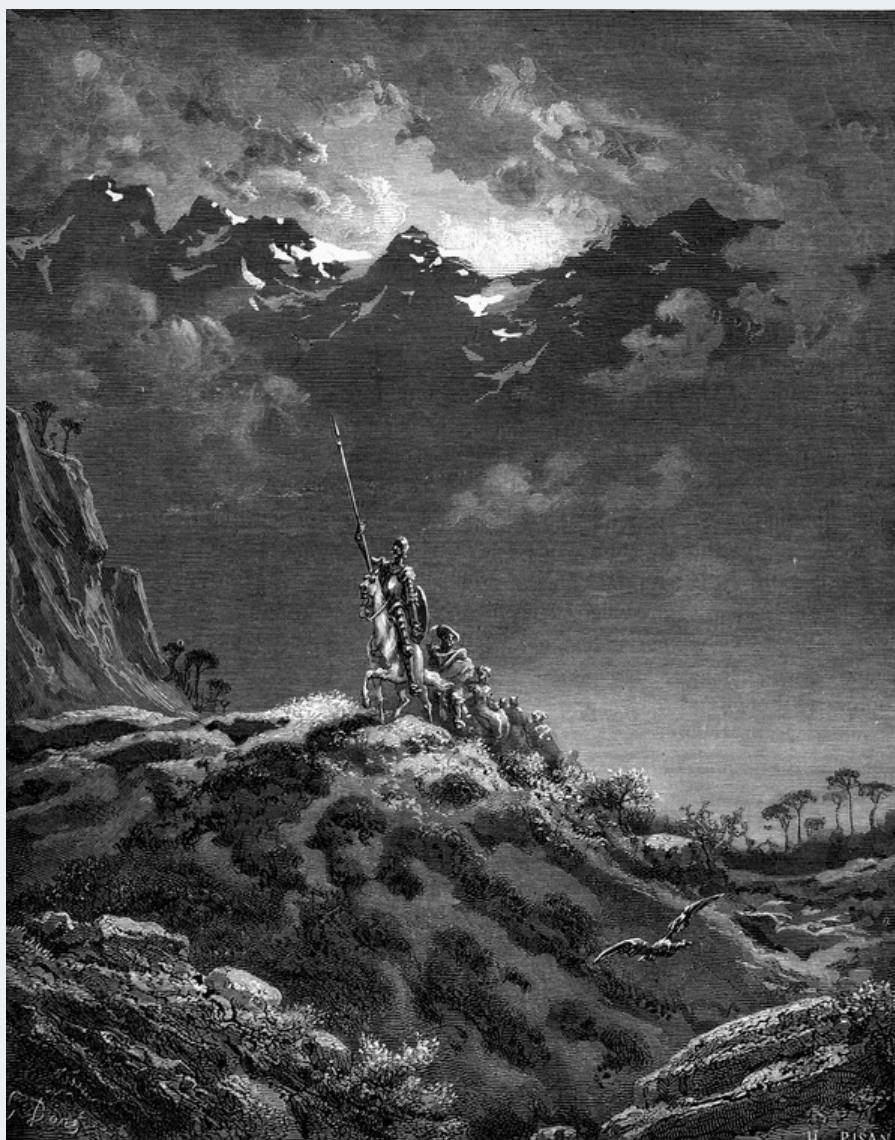
Nuestra necesidad y nuestro problema crucial consisten en redescubrir la fe natural de la razón en la verdad. En cuanto hombres, conservamos esta fe en nuestro instinto subconsciente, pero la hemos perdido en nuestra razón consciente, porque filosofías erróneas nos han enseñado que la verdad es una vieja noción fuera de uso y que es preciso reemplazar por el apriorismo kantiano o por otros sucedáneos, y finalmente por la practicabilidad de una idea o el éxito de un proceso de pensamiento expresado en acción, un momento de feliz adaptación entre nuestras actividades mentales y las sanciones prácticas. Al mismo tiempo, el universo y el valor de realidad de todo lo que no es verificable por la experiencia sensorial o humanamente factible han perdido toda clase de significado.

Así podemos comprender qué conflicto interior debilita hoy la democracia. Su energía motriz es de naturaleza espiritual —la voluntad de justicia y la esperanza en el amor fraterno—, pero su filosofía ha sido hace tiempo el pragmatismo, que es incapaz de justificar una fe real en tal inspiración espiritual. Y las filosofías hoy de moda — existencialismo, estructuralismo o la fenomenología erigida en sistema— son aún más incapaces. Vivir en un estado de duda en lo concerniente no a los fenómenos, sino a las realidades últimas, cuyo conocimiento es una posibilidad natural, un privilegio y un deber para la inteligencia humana, es vivir más miserablemente que los animales, que tienden al menos, con certeza instintiva, sólida y alegre, hacia los fines de su vida efímera.

Es un gran infortunio que civilización y educación sufran ambas de una escisión interna entre el ideal que constituye su razón de ser y obrar —y que implica cosas en las cuales no creen— y la realidad según la cual viven y obran, aunque rechazan el ideal que las justifica. Todas las democracias modernas sufren de semejante escisión interna. La tarea y la misión de la juventud consisten en resolver este problema corriendo sus propios riesgos: reunir lo real y lo ideal, y hacer que el pensamiento y la acción se muevan con un solo movimiento.

LOS GRANDES EDUCADORES

Al concluir mis reflexiones, quisiera decir a la juventud: el mundo tiene hambre no sólo de pan, sino de la palabra de verdad que libera. El mundo tiene necesidad de vosotros: os pide que seáis tan valientes en las luchas de la inteligencia y de la razón como en las batallas en las que el hombre arriesga su vida en la tierra, en el mar y en los aires. Lo que vuestra inteligencia y vuestra razón deben conquistar es algo que no se mide ni se manipula con instrumentos científicos. Es algo que debe ser captado por la fuerza de la razón natural, que nace a partir de lo que ven vuestros ojos y de lo que tocan vuestras manos: un universo de realidades que hace verdadero vuestro pensamiento en virtud de lo que es, y no simplemente por efecto de una acción exitosa. Es el universo del ser inteligible y del valor sagrado de la verdad como tal. Entonces mostraréis al mundo cómo la acción humana puede reconciliarse con un ideal que es más real que la realidad y puede ser penetrada por él. Y mostraréis también por qué es posible y razonable morir por la libertad.



Grabado de Gustavo Doré. Francia (1832 - 1883)



Aarón Puc Chi. Docente de Educación Primaria Bilingüe de la escuela *Jacinto Uc de los Santos*, en la comunidad de Kanxoc, comisaría de Valladolid, Yucatán.

IX MEEN *

En memoria de doña Rufina May, partera, curandera, sacerdotisa y guardiana maya del aguerrido Kanxoc.

Dicen que hay pueblos donde la noche respira distinto. En los años noventa, Kanxoc era uno de ellos: un puñado de casas de palma, tierra rojiza y caminos que parecían aprenderse el paso de cada habitante. No había internet ni pantallas que devoraran la mirada; la electricidad llegaba a medias, como si dudara en quedarse. Las calles, apenas trazadas, se hundían en un silencio hecho de grillos, viento y recuerdos.

En los hogares, la luz provenía casi siempre de una vela: una llama pequeña capaz de contener la inmensidad de la noche.

En ese tiempo, los martes y los viernes tenían un peso especial. Eran noches en las que el aire cambiaba de textura, como si lo invisible se acercara a escuchar. Entre la penumbra, de pronto aparecían pequeñas luces que flotaban sin rumbo fijo. Al principio muchos pensaron en luciérnagas —esas mensajeras diminutas del monte—, pero muy pronto se supo que aquellas luces mayores, firmes y silenciosas, eran velas que caminaban solas por los bordes del pueblo.

El rumor, siempre más rápido que la luz, señaló de inmediato a una sola mujer: doña Rufina, la Ix meen de Kanxoc.

La conocían todos, incluso quienes nunca la habían visitado. Su presencia era una certeza, como los ciclos de luna o las sequías del estío. Era partera, curandera, rezadora, consejera, guardiana. Una mujer que sabía el nombre secreto de las plantas y la dirección exacta donde habitan los miedos.

A su casa llegaban madres con niños enfermos, jóvenes con dolores inexplicables, ancianos que sólo buscaban alivio en el espíritu. Ella escuchaba, soplabá, santiguaba, untaba ungüentos de hierba, murmuraba oraciones antiguas que parecían salir de un rincón del tiempo al que los demás ya no teníamos acceso. No pedía nombres ni credos; sólo preguntaba: “¿Dónde duele?”

* Mujer que realiza los mismos deberes, obligaciones y responsabilidades de un Aj meen o sacerdote maya.

Y sin embargo, no todos comprendían su labor nocturna. Algunos le temían. Sus caminatas con velas —justo los días en que, según la tradición, los portales entre mundos son más delgados— despertaban murmullos confusos. Había quienes aseguraban haber visto wáayes ** , criaturas transformadas por artes oscuras, rondando las veredas. Otros hablaban de sombras altas que cruzaban junto a las albarradas.

Los niños no querían salir después del crepúsculo, temerosos de que la noche tuviera ojos; pero quienes la observábamos con respeto sabíamos que doña Rufina no caminaba sola: caminaba con los ancestros. Sus velas no eran amenazas, sino ofrendas; no invocaban oscuridad, sino equilibrio.

Yo mismo, oculto tras la rendija de una ventana, la vi más de una vez rezando bajo los dos viejos árboles de ramón, justo en la entrada del ejido. Sus manos levantadas parecían dialogar con el viento, y sus palabras se perdían hacia donde vive el yuum báalam *** , el jaguar protector que vigila desde el monte el destino del pueblo. Los años, sin embargo, no perdonan ni a quienes sostienen la salud ajena. La vejez fue llegando lentamente, como quien toca la puerta y espera a que le abran. Sus manos — que habían recibido a tantos recién nacidos y consolado a tantos moribundos— empezaron a envejecer con prisa. Y un día, el más sencillo y sin aviso alguno, dejó de respirar.

Su entierro, como su vida, fue humilde. No hubo música ni discursos. Sólo la tierra recibiendo a una mujer que había sido puente entre los mundos. Sus familiares, amigos y algunos vecinos la acompañamos en silencio, con la sensación inexplicable de que algo había cambiado para siempre en Kanxoc.

Semanas después, las velas flotantes desaparecieron. El pueblo, casi totalmente electrificado, dejó de ver sombras en los caminos. Las personas volvieron a salir de noche sin temor; los niños retomaron sus juegos bajo la luna. Parecía que todo estaba en orden. Parecía. Pero no lo estaba.

Porque algo, en el corazón del pueblo, quedó distinto. A veces, cuando el viento sopla desde el monte hacia las casas, hay quienes sienten un olor tenue a hierbas quemadas. Otras veces, sobre todo en noches de lluvia, los más ancianos dicen que todavía puede escucharse un murmullo que viene desde los árboles de ramón, como un rezo antiguo, como un recordatorio. Yo también la sigo viendo.

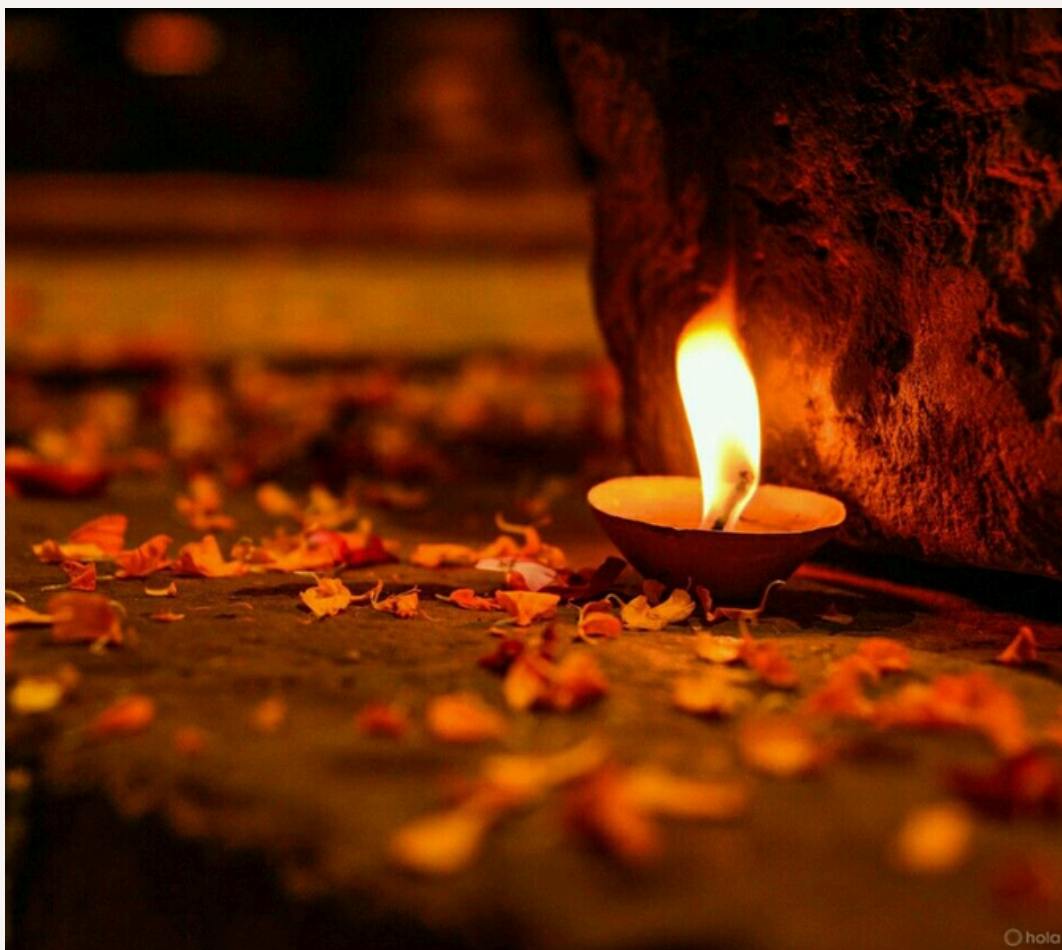
** Nahual maya: según la tradición oral, persona que se convierte en animales en las noches para asustar.

*** Yuum báalam, ente protector del pueblo

No con los ojos, sino con la memoria. La veo aquella noche tormentosa en que, sin miedo alguno, salió con un machete a cortar el cable que chisporroteaba sobre su medidor. Mientras otros se resguardaban, ella avanzó con la firmeza de quien entiende el lenguaje del peligro. El relámpago iluminó su figura: una mujer pequeña, envejecida, pero invencible.

Por eso, aunque su casa haya cedido ante el tiempo, aunque su nombre se vaya apagando en las conversaciones del pueblo, yo sé —y lo sé con la certeza de quien ha visto la luz caminar— que doña Rufina no se ha ido del todo.

Cada vez que una vela se enciende en Kanxoc, aunque sea dentro de una cocina humilde, su llama tiembla como si la saludara. Como si la reconociera. Como si recordara que hubo una mujer que, en medio de la oscuridad, sostuvo la luz para todos.





Martín Augusto Alcocer González. Un maestro del Siglo XXI: La tecnología al servicio de la PERSONA

El arte de Enseñar todo a todos
J.A. Comenio

Mi profesión: Maestro. Título tatuado con las mejores tintas de todos los colores en mi espíritu, sustento de mi fortaleza, por miles de alumnos y alumnas de todas las edades y niveles educativos a quienes he tenido el honor de motivar para aprender en las aulas.

En mi época (¡vaya que ya tengo edad para emplear esta expresión con justicia cronológica!), la vocación surgía sin acudir al orientador, al psicólogo o por imitación parental, no. Por eso, en algún momento pensé en el sacerdocio, y el padre de la iglesia de la colonia, buscador de vocaciones, me llevó, junto con otro grupo de acólitos, a visitar el seminario para “despertar” la santidad, como pensaban mi mamá y mi abuelita que sucedería en esa visita. Resultado: nos sacaron del santo edificio porque preferimos bajar los mangos verdes de un frondoso árbol en vez de estar donde la espiritualidad debía inspirarnos.

Al egresar de la secundaria, en la Preparatoria No. 1 de la ciudad de Mérida, acababa de implementarse el examen de admisión, pero también lo había en la Escuela Normal “Rodolfo Menéndez de la Peña”, aún no centenaria ni con la orden de Benemérita. Revisé las fechas que en esa época se publicaban en el Diario de Yucatán, porque aún no había celulares ni Internet y, por tanto, redes sociales o aplicaciones de comunicación. Pude notar que podía presentar examen en ambas escuelas. Sí, en la época de mis años mozos de la escuela secundaria podía ingresar a la carrera de Profesor de Educación Primaria.

Medicina sería mi opción al concluir la preparatoria, si aprobaba el examen de admisión, porque el hijo de los vecinos se había graduado de médico; y pues, ya que el sacerdocio me había “reprobado” por unos mangos verdes –deliciosos con chile y limón, por cierto–, era lo mejor de acuerdo con mi mamá y mi abuela. Maestro de grupo sería, en cambio, si aprobaba el de la escuela Normal. Mi papá siempre observaba y me decía: “Decide, que mi misión es apoyarte a conseguir tu éxito”. Esto porque, desde la primaria, siempre fui preguntón. Preguntaba de todo y por todo, sobre todo en matemáticas, y eso provocó que mi mamá estuviera muchas veces en la dirección de la escuela, escuchando acusaciones porque preguntaba demasiado, entre otras cosas. Pero una vez entendido algo, podía yo enseñarlo a quien tuviera dudas y, entonces, aprendiese lo que no sabía. En la secundaria, pasaba algo similar en competencia con otros alumnos y alumnas con quienes discutíamos las respuestas que nos pedían.

En una reunión a la que asistieron mis padres, se acercó a la mesa un maestro amigo de la familia y, tras presentarme, sostuvimos una plática que giraba en torno a lo que ya sabía y lo que debía saber, derivando en cómo lo debían aprender otros. Recuerdo que se dirigió a mi padre y le dijo, en forma coloquial: “Ve que tu hijo estudie para maestro”. Creo que por eso mi papá me dijo su frase inolvidable.

El resultado de ambos exámenes fue aprobatorio, pero yo ya sabía que no quería medicina, pues deseaba conocer qué significaba ser maestro, cómo es que se daban clases. Necesitaba estudiar en la escuela Normal... y así lo hice.

Cuatro años de estudio intenso, aprendiendo de libros, sí, pero también de las experiencias en las diferentes personalidades de quienes fueron mis mentores en la escuela Normal. El siete de julio de mil novecientos ochenta y uno, el sínodo anunciaba mi titulación como Profesor de Educación Primaria. Iniciaba entonces un camino diferente. Anécdotas miles he obtenido desde entonces: desde la primera sensación del reconocimiento de colegas ante quienes me presentaba por vez primera y me llamaron “maestro”; la forma de los niños mayahablantes que me decían “mayestro”; o bien, “profe”, “teacher”, incluso (nunca he dado clases de inglés, aclaro). Tantos años de docencia en los cuales mi nombre pasó a segundo término porque soy una sola palabra: Maestro.

Desde mi primer año de servicio, si el supervisor convocaba a dar cursos de esto o aquello –por cierto, sin que existiera Carrera Magisterial o similares–, alzaba la mano para participar. Cuando oficialmente hubo, para mejorar niveles magisteriales, la oportunidad de ser facilitador ante docentes, ahí estuve. Con el tiempo estudié la Licenciatura en Español en la Escuela Normal Superior de Yucatán, ocupando para ello la temporada de vacaciones de julio y agosto y uno que otro sábado incluido en el calendario escolar; luego la Licenciatura en Educación Básica en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Todo ello me dio más oportunidades para trabajar colaborativamente con maestros y, entre todos, aprender mucho más.

Desde luego conocí a muchos maestros con diversas ideas y visiones. Cuando estaba adscrito a la Escuela Primaria “Berta María González Rodríguez”, de la ciudad de Kanasín, y aprendía el uso de la computadora gracias a uno de mis hermanos, Ingeniero en Sistemas Computacionales, me topé con maestros que laboraban en el Programa “Computación en Escuelas de Educación Básica” (espero recordar bien el nombre del programa), COEEBA. En la escuela teníamos un enorme gabinete contenedor de un televisor de rayos catódicos (de los antiguos, grandes y pesados) a color, de veintisiete pulgadas, conectado a una computadora con procesador primitivo, sin disco duro, memoria RAM medida en kilobytes y que iniciaba procesos con un disco de arranque en formato 3.5. Una vez encendida, se utilizaba el equipo para dar clases con los programas que estaban grabados en disquetes, similares al primero, que mostraban gráficos pixelados en imágenes 2D. Esto se complementaba con programas de la Red Edusat, a través de una antena parabólica, cuya programación nos llegaba mensualmente con sugerencias de uso para los docentes.

El surgimiento de la era de la computación en México y América Latina iba en ascenso y surge el Programa Red Escolar. Para participar en él, la escuela debía contar con un aula con requisitos eléctricos específicos y una computadora –conseguida tras mucha insistencia que derivó en convencer al alcalde del entonces pueblo de Kanasín– para que el Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa, entre otros participantes, dotara a la escuela de una línea telefónica, tres computadoras, servicio de Internet (sí, para eso era la línea telefónica) y programas educativos en formato CD. Un hito para el momento. Mi escuela fue en ese momento la primera en el municipio en tener sala de cómputo. Con el tiempo participé en el Programa Marcony para dotar de Internet gratuito a escuelas de la zona de influencia surgida de la colocación de tres antenas: una en mi escuela, otra en la secundaria técnica de Kanasín –a cuyo director convencí de las bondades del uso de la computadora en el aula– y la tercera en las oficinas de lo que ya se llamaba Oficina de Educación a Distancia. Aprendí a tender redes para conectar computadoras y apoyé la instalación de aulas de cómputo en escuelas de Kanasín y Mérida con directores amigos a los cuales convencía de la naciente y creciente aula de medios.

Aprender de equipos, de instalación y demás asuntos del momento, a mediados de los noventa, pude hacerlo por la confianza brindada por el personal de la Oficina mencionada. Para mí era otra forma de enseñar a aprender a maestros y alumnos. Mi pasión por conectar la tecnología con la educación había iniciado. En esta actividad me invitaron a participar más activamente en el Programa Red Escolar: dar cursos a distancia empleando plataformas que usaban la Web 1.0 y la recién surgida 2.0, y el correo electrónico mediante el cual se enviaba a los participantes todo lo relacionado con el inicio, desarrollo y cierre. Me convertí en uno de los tres E-Formadores del estado, reconocido a nivel nacional posteriormente y acreditado para dar cursos que luego tuvieron validez incluso en la desaparecida Carrera Magisterial. Mi pasión por la tecnología crecía a la par de mi pasión por la enseñanza entre maestros.



Conocí entonces el Programa de Apoyo a la Docencia “Entre Todos”, un programa que me atrapó desde hace ya dieciocho años aproximadamente y cambió mi perspectiva del significado de la docencia; mejoró mi visión al señalarme y resaltarme la humildad de mi vocación, la dignidad de mi profesión y el humanismo que distingue a la docencia.

Escuché del Programa en la UPN y me inscribí a la segunda edición del Diplomado Docencia y Desarrollo Humano, todo un año de aprendizaje y de compartir experiencias docentes entre todos. Conocí en voz y presencia a don Manuel Mercader; hice una muy buena amistad con el maestro Mauricio Robert Díaz y me reencontré con mi maestra Amelga María Moguel Herrera de la Escuela Normal, que amorosamente mejoró mi letra con simples y finas observaciones y de quien aprendí el arte de la lingüística de N. Chomsky. Construí grandes y numerosas amistades (me disculpo por no nombrarlas para no olvidar a alguien). Aprendí a admirar más a mis colegas que entregaban su tiempo al Programa. Entonces decidí ser parte de él de manera activa y propositiva.

El Programa me otorgó la dicha de ser facilitador de maestros y maestras en el tema del desarrollo humano, hasta que me presentaron el Diplomado Docencia en el Siglo XXI: la innovación, la decisión, la fortaleza, la creatividad, la inteligencia humana como sostén de la tecnología y el trabajo con evidencias de éxito por docentes, sustentando la aplicación en el aula. Todo esto en tiempos donde el maestro o la maestra invertía mil pesos para su formación académica; por ello, había que mostrarles la bondad del Diplomado. Me permitieron hacer las adecuaciones necesarias para actualizar los Módulos a medida que la tecnología avanzaba y, derivado de la pandemia, hacer la adaptación para que pudiera ofrecerse de forma virtual y llegar a muchos más docentes, número limitado por normativa oficial al ofrecerse dentro del catálogo para obtención de puntos en programas de mejora económica magisterial; también se volvió gratuito. Este Diplomado fortaleció mi interés por fomentar un pequeño canal en YouTube: "Maestros Aprendiendo Entre Maestros" https://www.youtube.com/@Martin_Alcocer

Pude unir mis dos pasiones que me acompañan de forma profesional hasta la fecha: la docencia y la tecnología aplicada en el aula; un tema que se ha quedado en teoría en las políticas públicas educativas, pero que ya es de uso cotidiano por miles de maestros y maestras que le apuestan a herramientas digitales para mejorar y optimizar su práctica docente y, en el momento en que esto escribo, aprendiendo del uso de la Inteligencia Artificial para ello. Esto me motivó a obtener el grado de Maestro en Tecnología Educativa en la Universidad Latino y luego el Doctorado en Educación en la Universidad Santander, con la idea de tener más elementos para continuar con mis pasiones. Por todo ello y de manera inentendible, recibí dos menciones y medallas como Yucateco Distinguido.



El sentido trascendente con que he vivido mi trabajo como maestro, lo expresé en mi trabajo final del Diplomado Docencia y Desarrollo Humano: una reflexión de mi vocación y pasión, que en su momento publiqué en una página web, producto del Diplomado Docencia en el Siglo XXI y que ha sido tomado por universidades y escuelas formadoras de maestros a nivel mundial como discurso de bienvenida o despedida a nuevos licenciados en Educación. Aquí les comparto ese trabajo que titulé: *La difícil decisión de ser maestro*.

LA DIFÍCIL DECISIÓN DE SER MAESTRO

Platicaba un día un padre con su hijo y decíale éste, emocionado:

—Padre, ha llegado el momento de decidir qué quiero ser en la vida; mucho he pensado al respecto, pero es tanto el saber humano que mi decisión difícil se ha vuelto.

El padre, al fin sabio por experiencia, cuestionó entonces a su vástago de la siguiente manera:

—¿Qué tanto has pensado que te hace dudar?

—Mira, padre —respondió el hijo—, he pensado ser médico, para curar cuerpos o mentes, y cuando al fin he aceptado, me doy cuenta de que mucha falta hace quien ayude a impartir justicia al débil y desprotegido; entonces prefiero ser abogado. Luego, siento la necesidad de aprender el secreto del arte de la construcción, de sacar de la piedra bruta un hogar confortable para mis semejantes; es cuando decido ser arquitecto o ingeniero. Mas es tanto el desarrollo científico que prefiero ser investigador o químico o matemático, o me decido por la contaduría o administración, por la física, por el campo, por los animales, por el espacio exterior...

El padre, atento, esbozó una sonrisa y dijo, con ese tono que tienen los padres cuando amorosamente pueden aconsejar a sus hijos con la sapiencia que dan los años vividos:

—Hijo: doctor, abogado, arquitecto, ingeniero, contador, astrofísico... todo ello puedes ser, y lo lograrás en la profesión que tú no has mencionado. Para alcanzarlo deberás conocer y saber mucho; tu mente deberá convertirse en un transporte de la cultura universal; aun así, deberás poner todo tu empeño en el trabajo a realizar en tu campo de acción. Serás un moldeador de mentes; tú forjarás al médico, al astronauta, al campesino, al constructor, al comerciante, al abogado, al músico; podrás, con esta profesión, incubar en los corazones de los individuos los sentimientos de amor, bondad, ilusión, tolerancia, libertad, igualdad y fraternidad.

Pero mucho cuidado, hijo mío: en ésta no puedes cometer errores, ya que podrías crear deformidades que se volvieran en contra de sus propios hermanos, por la generación de una ambición desmedida, tan solo satisfecha por la material sensación del poder. Tendrás por seguidores a los llamados discípulos; ante ellos te presentarás como figura fiel y como imagen del ejemplo mismo. Te volverás todas y cada una de las profesiones existentes.

Con el tiempo verás tu reflejo en cada una de las figuras que tú formaste; entonces, hijo, con toda tu entrega a esta fascinante y noble profesión, podrás, con la mente en alto, otear el horizonte en donde mirarás tus obras, sintiendo en ese instante que has cumplido con los pensamientos que hoy enredan tus ideas, y te darás cuenta de que, con tus palabras y actos, has fertilizado las semillas que sembraste en tierra fértil y que se han convertido, o lo harán después, en grandes, fuertes y frondosos árboles que acudirán a darte sombra protectora cuando estés a punto de cumplir con el mandato de la Madre Tierra, que exige a su descendencia regresar a ella.

Sentirás que tu paso por esta vida no ha sido en vano. Escucha bien, hijo mío: si aceptas esta responsabilidad tan grande sobre tus hombros, decídette por la profesión que llevo con orgullo y que en estas palabras venero tanto. Conviértete en Maestro, hijo mío, y sabrás entonces cuánto has ganado.

El hijo comprendió cuál camino debía seguir, y con el corazón latiendo fuertemente y embargado de gran emoción, se acercó a su padre, Maestro de muchas generaciones, y secó las lágrimas de honor que de sus ojos habían brotado. Le besó en la frente y decidió al fin en lo que se convertiría: un Maestro que, con su trabajo, rinda homenaje a la labor de los grandes Maestros que hubiera tenido. Maestros que a él lo hubieron forjado.





Zayra Esther Cerón Hau. Docente de sexto grado en la Escuela Primaria *Juan Sarabia* de Tekax, Yucatán.

LECCIONES DE UN PINGÜINO

Cuando a un docente se le exige alcanzar “el nivel óptimo” a como dé lugar, lo único sensato que queda es convertir esa presión en un impulso: en la fuerza para luchar por los propios ideales, para ser mejores en lo que hacemos y, sobre todo, para encontrar la motivación que nos permita seguir disfrutando la vida.

Casi dos décadas en las aulas han trazado mi trayectoria: años con altas y bajas, con curvas inesperadas en esos caminos que nadie puede predecir, con retos cimentados en la diversidad, en la incertidumbre y, muchas veces, en el miedo. La carrera magisterial ha dejado de ser solo una profesión valorada para convertirse en un llamado a la supervivencia; un oficio donde se debe surfear la adversidad con entereza, dignidad y entrega.

A menudo olvidamos las lecciones de empatía que la vida insiste en darnos, la capacidad de escucha que la prisa de la actualidad parece prohibirnos. Hoy la gente evita involucrarse para sentirse a salvo... y, sin embargo, seguimos siendo agentes de cambio, motores silenciosos que empujan a la educación hacia la transformación y hacia la frescura de un futuro que se construye desde ahora.

Aún recuerdo mi primera semana frente a aquel grupo: el estruendo del salón, veintisiete alumnos que no conseguían fijar su atención, sus miradas perdidas y la expectativa de descubrir quién era realmente su maestra. Fue entonces cuando conocí a mis pingüinos. Ellos me enseñaron a despertar cada mañana con las ganas genuinas de compartir tiempo juntos, de desafiar el momento y de buscar caminos para mostrarles que ningún sueño es demasiado pequeño.

La película ***Lecciones de un pingüino***, un drama, a la vez divertido, sensible y lleno de matices, removió en mí esas memorias que solo la docencia sabe sembrar. Me record  que para ganarse el respeto de los alumnos a veces basta con ser su amigo: desayunar con ellos, compartir su espacio, sentarse en el piso y enfrentar juntos los golpes de la vida. “Aprender a escuchar como Juan Salvador”, aprender a vivir incluso cuando la propia existencia parece desmoronarse. Es sorprendente cómo un ser tan pequeño — un pingüino— puede dejar una huella tan profunda; y más aún, cómo usted y yo podemos influir en la vida de tantos seres humanos: darnos el tiempo de conocerlos, amarlos, transmitirles seguridad, permitirnos estar tristes y volver a empezar.

PELÍCULAS SOBRE LITERATURA Y EDUCACIÓN

La cinta nos conduce hacia un amor incondicional, leal y agradecido. Refleja aquello que buscamos desde el aula: la transmisión de valores, el reconocimiento de que todo esfuerzo cuenta. La historia demuestra que podemos aprender más de lo que enseñamos, que es posible fortalecernos sin perder de vista la realidad, y que cada jornada escolar puede convertirse en una película de recuerdos, de momentos inolvidables y despedidas que uno lleva consigo toda la vida. Que un ave puede nadar más en nuestros sentimientos que en una alberca, y que las cicatrices también nacen de la convicción de hacer bien las cosas.

¿Lograron la excelencia? Sí, y con éxito. Pero, sobre todo, lograron ser libres y felices.

Dicen que los pingüinos viven en pareja y que, cuando una muere, el otro se deja morir. Quizá —solo quizá— algunos de ellos nos presten un poco de su tiempo para disfrutarlos, para aprender de ellos, para dejarnos transformar.

Y tú, profesor o profesora:

¿Te atreverías a cuidar a tu propio pingüino?

Porque al final, parece que no somos nosotros quienes los rescatamos, sino ellos quienes nos rescatan... o quizá, solo quizá, nos salvamos mutuamente.



La película *Lecciones de un pingüino*, la puedes disfrutar gratis, en:

<https://ok.ru/video/10052755524170>



El arte de la dedicatoria. Hugo Hiriart *

A Galaor, mi amado perro, flor y espejo
de mansedumbre y fidelidad.

En el pequeño libro de Donald G. MacRae sobre Weber (Fontana, 1974) al final del prólogo se leen estas misteriosas palabras: “mi esposa, por razones que entiendo, me sugirió que dedicara este libro a la memoria de J.N. Hummel. Sin embargo, yo preferí no hacerlo”. ¿Qué se esconde detrás de ellas?, ¿cómo juzgarlas?, ¿son ofensivas para J.N. Hummel? ¿Es este Hummel el del método de aprendizaje pianístico?, ¿podrían interpretarse, por el contrario, elogiosamente para el aludido como diciendo: “no Hummel, tú mereces algo mejor que la bazofia sociológica que se encierra en este libro”? Vamos a ver. Supongamos que escribo en un libro, digamos, sobre la fabricación de oboes estas palabras: “pensé dedicarle este libro al Pelicano Martínez, reflexioné más profundamente y resolví no hacerlo”. El problema es: ¿se sentiría ofendido el buen, aunque confuso, Pelicano?, ¿se sentiría aliviado de alguna penosa responsabilidad? No lo sé. El caso es que el señor MacRae ha abierto, no creo que a sabiendas, muchas posibilidades y, acaso, ha fundado un nuevo género literario: el de las dedicatorias conflictivas.

Examinemos de cerca al recién nacido. Una dedicatoria próxima a la de MacRae, aunque más angustiosa, sería: “pensé dedicarle este libro sobre el aprovechamiento industrial del cerdo a Luis Miguel Aguilar, pero, la verdad, no sé qué hacer”. Más interesantes son las dedicatorias comprometedoras como: “a mi buen amigo el señor licenciado Miguel González Avelar, espejo de orgiastas, por la inolvidable noche de desenfreno que el 3 de octubre de 1979 pasamos en el burdel de la Quebrantahuesos”. Otra de tono más dramático sería ésta: “a la Gorda Hermosillo en memoria de los dos inolvidables días de pasión en los que no salimos del motel El Garabato, y a su esposo el señor coronel Pantoja”. Otras dedicatorias conflictivas admitirían la confesión, por ejemplo: “a mi esposa la Tota, con rencor” o “a mis hijos, que me han echado a perder la vida”.

Las metafísicas no dejan de tener su interés: “al universo” o “a la res cogitans”. La destinación puede tener una ternura erudita, como en el caso de “a la memoria inmortal de Cornelio Nepote” o “a la escena III del acto IV de Otelo”. Algunos de estos ofrecimientos pueden ser confusos, como cuando se dedica un tratado de odontología: “a mi propia sombra”; y también misteriosos, como los que destinan enigmáticamente un artículo “a ti” (estas últimas dedicatorias muy útiles en los casos de poligamia). No deberemos olvidar las dedicatorias excluyentes: “dedico estos poemas a toda la humanidad, menos a Enrique Krauze”.

Se sabe que James Joyce dedicó un libro, que, por cierto, no publicó, con estas palabras: “a mi pobre alma solitaria”; esta forma de puro amor abre posibilidades como “a mi hermosura y mi genio” o “a lo que de mí heredaron mis hijos” o “a mi espejo diario”. Las declaraciones contundentes pueden abrirse camino y se leerán cosas parecidas a “no he hallado a nadie digno de que le ofrezca este libro magistral”.

Las dedicatorias multitudinarias son ya muy populares entre nosotros, sobre todo en esas pruebas de suficiencia académica que se denominan tesis en las que inevitablemente se aglomeran los padres, abuelos, maestros y esas entidades hoy innominables que antes se llamaron novias. El Rolo Martínez cumplió fielmente esta tradición, pero, después de las consabidas menciones añadió: “a la afición en general”. No está mal, Alfonso Reyes también incurrió en la dedicación multitudinaria al consagrar así uno de sus libros: “dedico esta primera serie de Simpatías y diferencias a los tipógrafos y correctores de El Sol, de Madrid, que tantas veces, y con esa seriedad que es la más alta condición de su oficio, tuvieron que tolerar —al componer estos artículos— mi impaciencia y mi tardanza, mis fidelidades a la regla o mis personales manías ortográficas”.

En este mismo orden, dedicatorias con reconocimiento de culpa, se debe situar la del general de división José Guadalupe Arroyo en la novela de Ibargüengoitia Los relámpagos de agosto: “a Matilde, mi compañera de tantos años, espejo de mujer mexicana, que supo sobrellevar con la sonrisa en los labios el cáliz amargo que significa ser la esposa de un hombre íntegro”.

Pero, volvamos a las dedicatorias multitudinarias: es de esperarse que con el tiempo alcancen mayor esplendor por la vía del exceso y la desmesura, y veamos apuntados seiscientos o setecientos nombres, o, ya de plano, veamos añadir al librito de cuentos todo el directorio telefónico.

Desde luego el arte de la dedicatoria tiene sus costados políticos como en el caso del incomprensible Martín Heidegger que dedicó El ser y el tiempo a su maestro Edmund Husserl (el de la fenomenología, “filosofía del mírame y no me toques”, como dice Reyes), y en ediciones posteriores suprimió la dedicatoria: los nazis habían llegado al poder y Husserl era judío. Esto nos conduce al problema moral de las segundas ediciones: ¿es lícito suprimir una dedicatoria cuando nuestro fervor por el aludido ha menguado o desaparecido? En esta cuestión se cifran todas las de la apreciación de nuestro propio pasado y cabe aquí entero el tema monumental del arrepentimiento.

Pero, prosigamos. Los ofrecimientos pueden aprovecharse para vejar, como en este caso: “a Gorgonio Puzulato que es una bestia y, además, distrae fondos del banco donde dice trabajar para pagar los repugnantes amores clandestinos que sostiene con su amasia la Perra Justiniana”. Esperemos que no se olviden las dedicatorias misantrópicas como “a los cuatro jinetes del Apocalipsis” o “a la difteria, la hepatitis, el glaucoma y el cáncer en todas sus variedades”; ni las misóginas: “a todas las mujeres que he tenido la desgracia de conocer en mi ya larga vida”; ni las burocráticas: “a todos los que han trabajado, trabajen o llegaren a trabajar con el doctor Florescano”; tampoco las abstractas: “a la rosa de los vientos”; ni las disyuntivas: “a Muni Lubezki o a Juanito Puig”; ni las zoológicas: “al sapo verde (Bufo viridis)”.

PARA SONREÍR

Por supuesto se espera que una cierta inversión de valores estéticos sobrevenga con este florecimiento y se produzcan juicios como “el libro es bueno, pero la dedicatoria es pésima” o “desde luego no leí el libro, nada más leí las 300 páginas de la dedicatoria y son conmovedoras”. Dado el orden social en el que vivimos será inevitable que al desarrollo del género lo acompañe su comercialización y se establezcan tarifas de compra y venta. Claro que entonces se podrá también extorsionar amenazando con dedicar algún trabajo atroz: “si sigues con esas cosas, te dedico mi libro sobre la vida de los erizos”.

Podemos pensar que el futuro es promisorio y nos sonríe: el día llegará en que el “mínimo homenaje” o el clásico “a mis padres” impliquen un tratado exhaustivo y vasto, y entonces ya no tendremos ni libros ni tratados, con lo que saldremos ganando en más de un renglón, sino sólo amplias y extendidas dedicatorias. En ese momento podremos preguntarnos acerca de los límites de un género que hoy, la verdad, está muy pobremente cultivado entre nosotros.

* Hugo Hiriart nació en Ciudad de México en 1942. Es filósofo, narrador, dramaturgo y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Su producción literaria incluye novelas, ensayos, artículos, guiones cinematográficos y cuentos para niños. Dentro de estos últimos, les recomendamos de manera especial el cuento: EL VUELO DE APOLODORO, que puedes disfrutar con magníficas ilustraciones en este link: <https://seminariodeculturamexicana.mx/producto/el-vuelo-de-apolodoro/>



Oferta Educativa del Programa

Entre Todos

Cursos y talleres de 40 horas.

- **Educando hacia una cultura de la paz**
- **El uso de las TIC en la docencia**
- **Docencia con rostro humano**
- **El valor educativo de la poesía**
- **La felicidad como meta de la educación**
- **Habilidades socioemocionales en educación**
- **Teatro para docentes**
- **Pintura para docentes**
- **Lectura: Cuento y poesía**
- **Creación literaria y docencia**
- **Danza folklórica para docentes**
- **Ofimática para el entorno escolar**
- **El uso pedagógico de la fotografía**
- **Volvamos a la tierra: El huerto escolar**

Diplomados de 160 horas.

- **Literatura y educación**
- **Docencia y desarrollo humano**
- **Educación para la paz**
- **La docencia en el siglo XXI**

Puede conocer más sobre nuestros cursos, talleres y diplomados en la página: www.entretodos.net



"Un lector es aquel que, al asomarse a la vida secreta de los demás, descubre sus propios secretos"

**Gonzalo Celorio Blasco (Ciudad de México, 1948).
Premio Cervantes 2025**